

## El periodista «Enrique Gil»: heterodoxo y visionario

VALENTÍN CARRERA

Don Fabricio: Estos son otros requiebros,  
“Francmasones... jacobinos...  
herejes... traidores... negros...”

[Bretón de los Herreros, *La redacción de un periódico*, 1836]



### 1. El nombre de Enrique Gil y la posteridad

En las páginas que siguen rara vez me refiero a «Enrique Gil y Carrasco» o a secas «Gil y Carrasco», que son las dos formas por las que se le conoce habitualmente. Sé que borrar dos siglos de tradición académica es imposible y que esas dos formas están instaladas en el imaginario colectivo, académico y popular, dentro y fuera del Bierzo, en todo el mundo. De hecho, no hubo otra opción razonable que llamar a nuestro proyecto BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO. Son demasiadas placas, estatuas, calles, institutos y libros. Pero tengo todas las dudas de que este sea el nombre, o la firma, escogida personalmente por el autor. Basta



con repasar todos sus manuscritos y los artículos publicados por él en vida en los que siempre (solo hemos encontrado una excepción) firma «Enrique Gil».

Desde su primer poema en 1837, *Una gota de rocío*, al último en 1842, *A Espronceda*, todos los poemas aparecen publicados con la firma «Enrique Gil», y así se refieren a él sus compañeros de redacción en todas las ocasiones<sup>1</sup>.

~~y aumenta el quebrantado corazón.~~  
 Quizá, al pasar, un ángel solitario  
 te cubrirá con su orla virginal;  
 si caes, envolverá frío sudario  
 tu fortuna vaporosa y celestial.  
 ENRIQUE GIL.

← 255 →

"Una lecuta por otra."  
 Era el mes de diciembre de 18.; un jó-  
 ven alto, de hermoso, aunque pálido, sem-  
 blante, salia por la puerta de Atocha á las

Antes de cerrarse la losa fatal que guarda los  
 fríos restos de Espronceda, la inmensa concurren-  
 cia oyó resonar el acento de otro poeta, que se  
 complacía en llamarle su protector cariñoso, su  
 inolvidable amigo. El Sr. Enrique Gil, con lé-  
 grimas que ahogaban su voz, y con una conmo-  
 cion que le produjo una afeccion nerviosa leyó  
 los siguientes versos oídos con una conmocion si-  
 lenciosa y aplaudidos vivamente por el concurso.

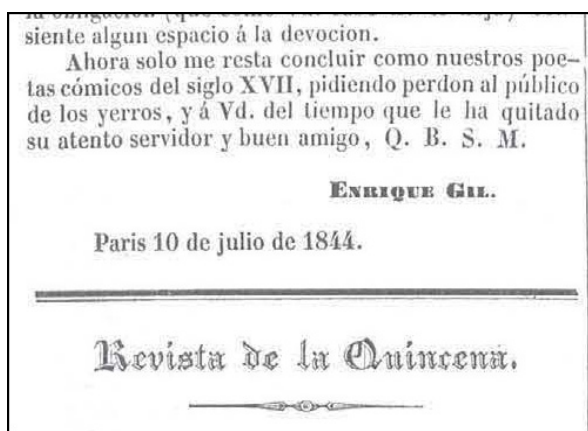
A ESPRONCEDA.

¿Y tu tambien lucero milagroso,  
 Roto y sin luz bajaste,  
 Del firmamento atroz y esplendoroso,  
 Donde en alas del genio te ensalzaste?  
 Gloria, entusiasmo, juventud, belleza,  
 De tu gallardo pecho la hidalguía  
 ¿Cómo no defendieron tu cabeza  
 De la gadaña impía?  
 ¿Cómo, cómo en el alba de la gloria,  
 En la feliz mañana de la vida,  
 Cuando radiantes páginas la historia

<sup>1</sup> Todas, excepto una, documentada por la profesora María José Alonso Seoane (Universidad Complutense de Madrid), a la que agradezco el dato: la firma «Enrique Gil y Carrasco» aparece como única vez al pie del poema *La isla desierta* en *El Correo Nacional* del 21 de febrero de 1838. Esta excepción que confirma la regla tiene una explicación clara: es un momento muy temprano, de vacilación, Gil está empezando su carrera como periodista. *La isla desierta* es su cuarto poema y el berciano emigrado a la capital aún no ha decidido su nombre como poeta. Dos artículos anteriores en *El Correo*, las críticas teatrales de 17 y 19 de febrero, salen sin firmar; pero muy pronto el autor toma una decisión [*La mariposa* y *Un recuerdo de los templarios*, *El Correo*, 14 de marzo y 2 de abril, ya salen con la firma «Enrique Gil», y todos los siguientes] y Enrique Gil se mantendrá inamovible hasta su muerte.



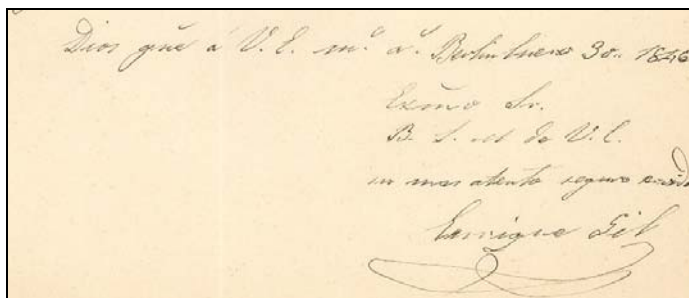
Lo mismo ocurre con *El Lago de Carucedo* [abajo, en la imagen], con los artículos del *Bosquejo* en *El Sol*, o con las críticas teatrales, con frecuencia firmadas con las iniciales «E. G.». Especialmente significativa es la firma de los dos últimos artículos, enviados desde París en 1844, puesto que refleja el criterio último del autor:



Para no extender los ejemplos, la voluntad de Enrique está clara sin ningún género de dudas cuando todos, absolutamente todos sus manuscritos los firma como «Enrique Gil»<sup>2</sup>, incluyendo la última carta que envía desde Berlín pocos antes de morir, esa famosa firma que ya conoce todo el mundo pues, coloreada de morado, ha sido el logotipo del Año Romántico 2015. Un acierto respetuoso con la voluntad del autor.

<sup>2</sup> BGC–VIII: *Último viaje*, reproducción facsímil de los manuscritos de Gil.





«Enrique Gil» es su firma al pie de la carta a Mesonero Romanos en 1840. Miguel de los Santos le llama Enrique Gil en la carta a propósito del entierro de Larra, que reproduce Galdós, quien también habla de Enrique Gil<sup>3</sup>; «Enrique mío» y «Gil mío» le llama Espronceda en la carta descubierta por Silveiro<sup>4</sup>; y todos sus amigos y compañeros de entonces: sencillamente era Enrique Gil, o solamente Gil, para todos. Es casi imposible encontrar alguien de su entorno que le conozca por el apellido materno. Pero voy más allá: sigue siéndolo tras su muerte: *En la tumba de Enrique Gil*, se titula el poema de Fernando de la Vera; la primera edición de sus poesías recopiladas por Laverde Ruiz en 1873 se llama *Obras de Enrique Gil*; y la elegía que escribe su hermano Eugenio, publicada en León en 1855, es *Un ensueño. Biografía de Enrique Gil*. En esta edición, cuyo facsímil acompaña al volumen I, *Poesía de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO*, el poeta es mencionado siempre como Enrique Gil o don Enrique Gil. Y, para acabar, en el expediente que tras su muerte se sigue para otorgar una pensión a su madre, doña Manuela Carrasco se refiere a su hijo únicamente y siempre como «Enrique Gil».

<sup>3</sup> Véase en este volumen, en el artículo de Suárez Roca sobre Galdós, pp. 77-84.

<sup>4</sup> Reproducida en este volumen, pp. 105-106.





Con el carácter de Ametrador de legación de 1ª clase en su hijo D. Juan que Gil mandó a Alemania en abril de 1844 encargado de una comisión por el gobierno de S. M. En diversos periódicos nacionales y extranjeros está consignada la honrosa acogida que obtuvo en Berlín a pesar de la incomunicación oficial de ambas naciones que hacía su posición mucha más difícil: los testimonios de aprecio y consideración que mereció de...

¿Su madre y su propio hermano! ¿Son necesarias más evidencias? Las hay.

El poeta y periodista y escritor era Enrique Gil a secas, también en la vida civil y personal desde el principio: ya era «Enrique Gil» en el Seminario de Astorga y en la Universidad de Valladolid, y en la lista de socios fundadores del teatro de Villafanca en 1843 (véanse los documentos transcritos por Picoche en su tesis y por Héctor Silveiro, del que nuevamente reproducimos la hoja de matrícula en 1832 y la lista de socios en 1843):

AUTOGRAFOS

D. José María Torre más de Requena D.º D.º Burg.  
 D. Gregorio Saver Torre más de Requena D.º D.º Burg.  
 D. Carlos María Saver más de Requena D.º D.º Burg.  
 D. Félix José más de Requena D.º D.º Burg.  
 D. José María Peláez más de Herrera de primera D.º D.º Valencia  
 D. José María Saver más de Requena D.º D.º Burg.  
 D. Porfirio Álvarez más de Valdecañas de Formosa D.º D.º Burgos  
 D. Enrique Gil más de Requena D.º D.º Burg.  
 D. Gregorio Saver más de Requena D.º D.º Burg.  
 D. Franco Aguirre Galzamea más de Carabobo D.º D.º Burg.

ACTUALES SOCIOS.

D. Jacinto Mesero, Pasa-	D. Ramon Vilanova.
D. José Laga.	D. José López.
D. Agustin Pio Teller, Cas-	D. Antonio Sanchez.
D. Antonio Sainza Barrio, Se-	D. Ramon Mestres.
D. Manuel Diaz Muro, Pe-	D. Manuel Suarez.
D. Ramon Valero y Nader,	D. Juan María Solís.
D. Vicente Torero y Malo.	D. Ramon Ayo.
D. Fernando Galera.	D. Francisco Ayo.
D. Juan Fernandez Garcia.	D. Jaime Flores.
D. Joaquin Sureda.	D. José Balbino.
D. Manuel Quereza.	D. Manuel Sainza.
D. Victoriano Enriquez.	D. José de Castro y Quirga.
D. José Pablo Fernandez.	D. José Fernandez de Mata.
D. Antonio Perez.	D. Santiago Casado.
D. Antonio de Landeja.	D. Antonio Rodriguez.
D. Alejandro Ballester.	
D. Nicolás Barón.	Socios correspondientes.
D. Ramon Alvarado.	D. Peláez Sureda.
D. José Juan de Casado.	D. Enrique Gil.
D. Hilario Ocaña.	D. Antonio Fernandez Murda.
D. Pedro Ocaña.	D. Joaquin del Pan.
D. Ramon Iglesias.	D. Juan de Mata Alvarado.
D. Pedro Landa.	D. Manuel Garcia.
D. Apolinar Suarez de Diaz.	D. Pío Castañeda.
D. Miguel Mendiz.	D. Lorenzo Fuentes.
D. Carlos Perez y Nieto.	D. Luis Toledo.

Los Socios cuyos nombres no aparecen al pie de los Estatutos, han sido admitidos después de examinados y aprobados aquellos. Yéndose en el libro de Actas de 1843.—Antonio Sainza Barrio, Socio Secretario.

Cuando la Reina Isabel le nombra secretario de legación en Berlín (y en toda la correspondencia oficial posterior) es siempre «Enrique Gil» y a veces «Henrique Gil».

“A Don Enrique Gil. Palacio, 23 de febrero de 1844. Queriendo la Reina...”. Están los originales reproducidos íntegramente por BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

En resumen: Enrique es «Enrique Gil» desde niño en el seminario de Astorga hasta su muerte, y después de su muerte, en los documentos



oficiales de matrícula o en el nombramiento por la Reina, en toda su correspondencia, y cuando es citado por amigos y terceros. «Enrique Gil» para su madre y hermano, para los amigos que le recuerdan una vez muerto y en la primera edición de sus poemas. «Enrique Gil» en todos sus artículos publicados en prensa, casi un centenar, excepto uno muy temprano en el que se trasluce que aún no ha tomado la decisión. Y «Enrique Gil» en todos sus manuscritos conocidos, sin excepción.

¿Por qué entonces la posteridad le conoce como Gil y Carrasco? ¿Cómo y cuándo nace esta suerte de impostura? Rara vez se habla de José Zorrilla Moral o de José de Espronceda Delgado para referirse a Zorrilla y Espronceda. No digamos ya de Gustavo Adolfo Domínguez Bastida: Bécquer.

En nuestro caso, las portadas de la 1ª edición de *El Señor de Bembibre* aparece claramente como «novela original por don Enrique Gil y Carrasco». Es cierto que Gil entregó su manuscrito al editor (amigo y colega del Parnasillo) Francisco de Paula Mellado, y emprendió el viaje por Europa, del que ya nunca regresó, sin haber podido corregir las pruebas de imprenta. ¿Quiso el autor firmar su magna novela de un modo digamos más solemne, con los dos apellidos o fue una licencia *literaria* del editor Mellado?

Sin el manuscrito de la novela, no sabemos cómo la firmó Enrique; pero sí nos consta por activa y por pasiva su propia voluntad, y la de su círculo familiar, de amigos y profesional de ser «Enrique Gil». Por ello, en este ensayo, y en todo cuanto escriba en lo sucesivo sobre este autor, me he propuesto respetar el deseo del poeta. Quizás este velo tiene algún valor simbólico: si la posteridad traicionó al autor consagrando un nombre que él apenas usó, otras ocultaciones mayores se ciernen sobre su memoria.

## 2. Envuelto en piadosos velos y celajes

Lo más apasionante de la lectura y estudio de Enrique Gil que hemos emprendido a propósito del segundo centenario de su nacimiento es descubrir una personalidad inmensa y una obra clásica, ocultas tras un decorado de velos recatados, pudorosos y conservadores. Durante dos



siglos el verdadero Gil ha permanecido «secuestrado» entre tópicos y bendiciones. Su temprana muerte y olvido, y cierto desinterés general, dejaron su obra en barbecho y su biografía oficial en manos piadosas, más inclinadas a colocar placas y honores, y trasladar restos fúnebres dudosos, que a profundizar en un autor complejo, difícil de encasillar, de imposible encaje en la ortodoxia de la historiografía tradicional española.

Como en tantos otros asuntos, la luz ha venido de hispanistas extranjeros que han investigado con rigor en universidades lejanas lo que aquí se bendecía con el hisopo de la lisonja. Las obras de Gil no fueron digitalizadas en catálogos españoles, pero las hemos encontrado generosamente ofrecidas en bibliotecas de Oxford o Toronto.

## Ω

Durante todo el siglo XIX, la masonería ocupó un lugar central en la vida política y económica de España y de Europa, y aunque no explica todos los pronunciamientos y conspiraciones, no se puede entender aquel siglo vigoroso y revolucionario sin las sociedades secretas. Prohibidas, perseguidas a muerte, sus miembros sufrieron cárcel, exilio y ajusticiamientos; durante los cuarenta años del franquismo fueron borradas y, cuando ahora se habla de «reescribir la historia», más bien ocurre que antes fue reescrita con el rosario en la mano y ahora simplemente hay que escribirla. Igual con Gil que con la masonería.

Pero, como quiera que el estudio de la masonería está lleno de confusión, para evitar reproches de sensacionalismo y no caer en los mismos errores que refutamos, siguiendo las orientaciones metodológicas del especialista Ferrer Benimeli<sup>5</sup>, es más apropiado hablar de sociedades secretas que de masonería, siendo irrelevante ahora si Alcalá Galiano, Espronceda y Gil compartían *triángulo*, rito escocés o algún tipo de sociedad benefactora. En todo caso, compartían realidades históricas que no se pueden soslayar: amigos, exilios, tertulias, lecturas, aficiones y periódicos, a los que Ferrer sugiere prestar una especial atención.

---

<sup>5</sup> Ferrer Benimeli, J. A., “La masonería en la historia de España”, en *Estudios sobre historia de España*, UIMP, 1981.



Enrique Gil fue amigo íntimo de los líderes de la francmasonería española, como Espronceda y Martínez de la Rosa, y compartía redacción con Villalta y Alcalá Galiano. El siempre moderado Picoche (p. 34) escribe:

Sus amigos son casi todos exaltados, libertinos y anticlericales (Espronceda, Villalta, Álvarez). Su influjo producirá en él la duda religiosa, y Enrique Gil vendrá a ser un escéptico atormentado.

Picoche cita con conocimiento de causa: Villalta, azote de los jesuitas, recién llegado del exilio, acababa de publicar la novela anticlerical *El golpe en vago* (1835). Las *amistades peligrosas* ya habían comenzado en Valladolid, donde Gil conoce a Miguel de los Santos Álvarez y, cuando ambos llegan a Madrid, se unen a la tropa de Espronceda, que armaba barricadas:

Según Ferrer del Río, Espronceda tuvo parte activa en las barricadas de la Plaza Mayor de Madrid en 1835 y 1836, y cuando fue sofocada por el ejército «se vio obligado a esconderse el poeta revolucionario». Estaba en los baños de Santa Engracia en septiembre de 1840 y defiende el grito de libertad, incorporándose a la octava compañía de cazadores de la que era teniente<sup>6</sup>.

En ese ambiente, la trayectoria de nuestro autor es fulgurante: ocho años después de llegar a Madrid como un perfecto desconocido, Gil fue nombrado embajador en misión secreta por un presidente del Gobierno que había sido carbonario, su amigo del *Parnasillo* Luis González Bravo, y fue recibido en Berlín por la cabeza de los masones prusianos, Alexander von Humboldt. La mítica escena del emperador Guillermo Federico de Prusia –jefe de la Logia– pidiendo un mapa del Bierzo para situar la acción de *El Señor de Bembibre*, donde Gil proyecta su presente en el imaginario histórico de los templarios, no puede ser interpretada sino en clave de complicidad fraterna y otros muchos pasajes de su obra [desde luego, *El Señor de Bembibre* de la pe a la pa] siembran pistas, ecos, y alusiones para iniciados, como cuando escribe sobre el Valle del Silencio<sup>7</sup> o cuando visita y describe la construcción [tenida por]

---

<sup>6</sup> En Espronceda, *O. C.*, *Introducción*, Martínez Torrón, 2006, p. 27.

<sup>7</sup> Véase en *Viaje a una provincia del interior* (BGC–III: 65) su explícita referencia a los «*francmaçons* o albañiles libres», a su paso por Montes y Peñalba.





masónica de El Escorial; en definitiva, lo extraño no es lo obvio (que Gil de un modo directo o indirecto haya formado parte del entramado liberal, masónico o iniciático), lo extraño es que hasta ahora nadie que sepamos ha hecho explícita la estrecha relación entre Gil y las sociedades secretas del momento<sup>8</sup>. No podemos apartarnos más del objeto de este artículo, Gil y el periodismo, por lo que en otro momento descorreremos este velo, sin el que tampoco puede entenderse el periodismo de Gil.



Al solitario y ambiguo Enrique no se le conoce relación carnal con mujer ni más amor que el de la poesía; el propio Alexander von Humboldt ya citado, homosexual declarado y destacado masón, le protege en Berlín de un modo entre amoroso y paternal. El carácter, la sensibilidad, la estética y las relaciones de Gil apuntan en una dirección que debe ser leída con naturalidad, en su época y en la nuestra. No estamos aquí para disimular su conducta desde una concreta perspectiva moral, como algo vergonzante, como se ha venido haciendo, sino para tratar de entender al escritor y al hombre, y su hipotética homosexualidad es un dato biográfico fundamental. Pero la autoridad del profesor Picoche disiente<sup>9</sup>.

Es preciso dejar constancia de esta opinión de Picoche, así como de nuestra respetuosa discrepancia: la jovencísima Juana (n. 1817, apenas una púber), fue una especie de amor platónico, al que Gil dedica poemas, y cuya muerte en 1837 le entristece, pero su verdadero «compañero» o amante [«amigo íntimo», dice Suárez Roca] fue su hermano Guillermo Baylina González (1805?-1837), diez años mayor

---

<sup>8</sup> Apuntada o insinuada, desde luego, por Mestre y Muñoz en su introducción a *El Señor de Bembibre*, por Héctor Silveiro en este mismo volumen, por Suárez Roca, etc.

<sup>9</sup> Sobre ambos asuntos, masonería y homosexualidad, hemos pedido expresamente su opinión al profesor Picoche, que disiente: “Las relaciones de E. Gil con la masonería no las conozco. No hay ningún documento conocido que permita contestar sí o no. (...) La homosexualidad de Gil es una leyenda. Se conoce su amada que murió antes que él y se llamaba Juana Baylina. En cuanto a sus relaciones con Humboldt, Gil estaba demasiado enfermo entonces para pensar en otras cosas que su salud”. *Entrevista al profesor Picoche*, 1 de abril de 2014, inédita.



que Enrique, y su verdadero guía espiritual en Ponferrada. “El malogrado amigo que perdí, que repartía su placer conmigo”<sup>10</sup>, el único que acude a despedirle cuando en 1836 Gil abandona Ponferrada camino de Madrid, pues nadie de su familia le acompaña: “Un solo y leal amigo –escribe Gullón– de seguro el confidente de amores y esperanzas, el confortador y partícipe de sus angustias”. Al pie de la diligencia se abrazan y se besan. En el relato autobiográfico *Anochecer en San Antonio de la Florida*, Gil reproduce así aquel instante: “—¡Adiós, y quizá para siempre!... ¿Quién sabe si este abrazo te envenena?”. El amoroso abrazo de la muerte: “Gil se preguntará si le sería letal su abrazo, si su presencia, que «antes daba la dicha y la alegría», fuera entonces portadora de infaustos miasmas e incluso de muerte”<sup>11</sup>. Dos años después de aquel «contagio», Guillermo muere de tuberculosis, la misma enfermedad que arrastrará a Gil a una muerte prematura.

“Es posible –escribe Gullón en los años 40, en *El poeta de las memorias*, reproducido en este volumen– que Gil, como tantos otros, gozara del amor en abstracto, sin necesidad de fijarlo en mujer alguna, porque en su obra no se encuentran las huellas que forzosamente habría dejado una pasión en alma tan apegada a sus afectos (...) El poeta era, por entonces, un niño de dieciséis años, y si del episodio quedó recuerdo, no fue este suficiente para llenar su corazón”.

Insistir en el amor de Juana Baylina –salvo como musa platónica, «ángel», «doncella de ojos negros»– es una torpeza piadosa. Piadosa, pero torpeza. El propio autor de la teoría, el sacerdote Augusto Quintana Prieto, reconoce que lo suyo son “elucubraciones”. Lo que no son elucubraciones, sin embargo, es el negativo de la foto: no existe un solo dato en la biografía de Gil que nos hable de su relación (física, sentimental, sexual, de pareja, como se quiera) con mujeres. Ni una. “Nunca volveremos a encontrar en la vida de Enrique otra mujer que le atraiga duraderamente –escribe su biógrafo Gullón, quien intuye todos los detalles– Y la falta de otro amor, explica la penuria y el convencionalismo de los versos eróticos de Gil, su limitación y vaguedad. Esta cuerda de su lira suena mal y se diría pulsada con

---

<sup>10</sup> Poema *La campana de la oración*, en BGC-I *Poesía*, p. 96.

<sup>11</sup> Gullón, *Cisne sin lago*, p. 61.



frialdad”<sup>12</sup>. O quizás ese convencionalismo y esa frialdad sean producto de la represión, en la Ponferrada de 1836 y en el Madrid de 1840, de su legítima tendencia sexual.

El silencio, o mejor, la piadosa ocultación que hace su hermano Eugenio, sin duda conocedor de la intimidad del poeta, en su biografía *Un ensueño* confirma la sospecha. Piadosa, pero ocultación. Y no en vano, Juan Carlos Mestre y Miguel Ángel Muñoz demuestran en su delicado estudio *Historia secreta de la melancolía* cómo el temperamento y el alma femenina de Gil se autorretratan en *El Señor de Bembibre* en doña Beatriz: “¡Beatriz soy yo!”<sup>13</sup>. Enrique no es el masculino don Álvaro ni el viril conde de Lemos: es Beatriz en estado puro, incluida su enfermedad, cuyos síntomas son los mismos que mortifican a Gil, y que tan bien describe. Remedando a Gullón, esta cuerda de su lira suena bien y se diría pulsada con conocimiento de causa. El ensayo del profesor Rusell Sebold, incluido en este volumen, deja meridianamente claro el carácter autobiográfico de la novela.

Por todo ello, contradigo, desde mi más absoluto respeto personal y académico, la opinión del profesor Picoche y los velos piadosos de su hermano Eugenio y de cuantos siguieron esa senda. La acendrada sensibilidad femenina de Enrique, su delicado carácter, en definitiva, su homosexualidad, declarada entre los más íntimos y encubierta ante los demás, es un hecho. Un dato de su apasionante biografía, que debe ser leído con normalidad y sin escándalo. Era homosexual, como tantos de sus amigos y amigas, y los nuestros, como era rubio y de ojos azules, inteligente y aficionado a la música.



Un tercer velo, también hilvanado con hilo piadoso, oculta el panteísmo de la Naturaleza presente en toda la obra de Gil, a quien Picoche considera “un romántico católico y tradicionalista”<sup>14</sup> y nosotros, negando por tercera vez como el apóstol Pedro, consideramos más bien un escéptico, poseído por la duda, a la manera de Byron y Espronceda.

---

<sup>12</sup> Gullón, *Cisne sin lago*, p. 62.

<sup>13</sup> Véase en BGC–VII, *El Señor de Bembibre*, p. 449.

<sup>14</sup> Picoche, p. 229.



De cómo en la recta final de su vida, camino de Berlín, él mismo explica haber perdido la fe; del panteísmo de Gil, estudiado por el profesor de Berkeley Michael Iarocci; y de su profunda espiritualidad (coherente con la práctica masónica), tratamos en la introducción al volumen I, *Poesía*, de esta BIBLIOTECA, al que remitimos; pero requerirá un nuevo análisis y profundizar en la formación, las lecturas y las raíces ideológicas de Gil, en todo caso heterodoxas<sup>15</sup>.

En resumen, no es posible entender a Enrique Gil –al hombre y al escritor– sin analizar a fondo su relación con las sociedades secretas; sin mirar a través del delicado cristal de su ambigüedad sexual y su temperamento femenino; y sin contemplar su panteísmo religioso a la manera de Byron; y estas tres caras del poliedro nos han sido hurtadas durante casi doscientos años, ya desde el minuto cero, por sus piadosos amigos y por sus propios familiares: la biografía de su hermano Eugenio Gil, *Un ensueño*, es elocuente no por lo que dice, sino por lo que calla. Debemos aprender a leer en los silencios y avanzar en la deconstrucción del Gil y Carrasco adulterado para llegar hasta donde sea posible a la construcción del verdadero Enrique Gil.

### 3. Las patas de la mesa

Esos tres envoltorios, amparados durante décadas en el olvido y el desinterés por toda la obra de Gil, nos han hurtado un grandísimo autor, una inteligencia excepcional y una escritura firme que sigue siendo actual, permanece y permanecerá. Gil es, en verdad, un clásico, una de las cuatro patas de la mesa. Forma pupitre estable en la poesía del XIX anticipándose a Bécquer y Rosalía; es escaño fundacional de la novela histórica, tantas veces comparado a Walter Scott; es la persona de confianza a quien Espronceda encarga ocuparse del entierro de Larra<sup>16</sup>, y el primero también en responsabilidad y dolor a la muerte de

---

<sup>15</sup> Revisando de modo específico el valioso capítulo de Picoche, «Las fuentes literarias de la obra de Enrique Gil», pp. 225-261 y el ensayo de J. L. Suárez Roca, «Ideas estético-filosóficas en la obra periodística de Enrique Gil», en BGC-V, *Miscelánea*.

<sup>16</sup> El episodio lo narra Galdós en *La estafeta romántica*, como cuenta José Luis Suárez Roca en este volumen.



Espronceda; pertenece al círculo de poder del presidente del Gobierno y viaja en misión secreta a Prusia, que equivale a ser hoy embajador de EE UU en Moscú, el primer nivel incuestionable; en Berlín arrolla con su presencia: lo recibe el Rey, cena con banqueros judíos, escribe informes al Gobierno, es preceptor de las infantas, amigo y protegido de Humboldt, condecorado con la Gran Medalla de Oro. Y todo lo hace con discreción, modestia y elegancia, con un criterio firme y solvente, siendo en cada palo que toca una de las cuatro patas de la mesa y a veces la más sólida.

Hay otro velo del que debemos ocuparnos; se ha repetido de Gil hasta la saciedad su condición de poeta, novelista y diplomático, tres caras de una pirámide que se asienta sobre una base sólida: el periodismo. Enrique Gil ha pasado a la historia del Romanticismo español como poeta aunque su producción, siendo importante, es más bien exigua; y como novelista por su única novela, *El Señor de Bembibre*; ambas ocupaciones fueron transitorias en la vida de Gil y le ocuparon poco tiempo. Gil dejó treinta y dos poemas<sup>17</sup>, escritos en dos años (1838-39), y dedicó otros dos a escribir la epopeya templaria (1841-43); pero desde que se inicia en el Parnasillo en 1836 hasta su muerte en Berlín en 1846, Enrique es esencialmente periodista. No es casual que de los ocho volúmenes de las *Obras Completas* publicadas por BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, nada menos que cinco contengan sus trabajos como periodista<sup>18</sup>, e incluso otros dos, *El Lago de Carucedo* y la mayor parte de sus poemas, también fueron publicados en la prensa de la época.

Dicho de otro modo, a excepción de *El Señor de Bembibre* y del *Diario de viaje* que dejó inédito en Berlín, toda la obra de Gil se publicó en prensa: el periodismo fue su modo de vivir y su sustento único hasta que en 1840 es nombrado ayudante del director de la Biblioteca Nacional, y aún desempeñando este cargo, que le permitía vivir desahogadamente, sigue ejerciendo el periodismo hasta poco antes de morir.

---

<sup>17</sup> Véase nuestra introducción al volumen I, *Poesía*, en BGC. Escribió algún poema tardío, como el dedicado a la muerte de Espronceda en 1842 obligado por las circunstancias, pero su producción poética decae a finales de 1839.

<sup>18</sup> Volumen III, *Viaje a una provincia del interior*; IV, *Crítica teatral*; V, *Miscelánea*; VI, *Viajes y costumbres*; y VIII, *Último viaje. Diario París-Berlín*.



#### 4. Trayectoria profesional: Gil periodista

Centrando más las coordenadas cronológicas de Gil periodista, abarcan de 1838 a 1844 de modo discontinuo, pues la mitad de su producción se publica en los dos primeros años de aterrizaje, de entusiasmo, de darse a conocer y de gloria inmediata: a los pocos meses de debutar en la cabecera más importante del momento, Gil es considerado “el mejor crítico teatral de Madrid”<sup>19</sup>. Será una etapa irrepetible, centrada en *El Correo Nacional* (teatro) y el *Semanario Pintoresco* (monumentos y costumbres), con largos artículos una o dos veces por semana.

A través del Parnasillo, y siempre de la mano de Espronceda y su círculo de influencia, Gil entra a formar parte de un selecto colectivo de periodistas, políticos y escritores, todo a la vez, que participan de inquietudes y lecturas comunes. Para entender el contexto, debemos imaginar sus paseos, tertulias y conversaciones, los encuentros en los baños de Santa Engracia, sus largas horas en el café del Príncipe, en el Liceo o en la Biblioteca Nacional, y también en el recién creado Museo del Prado (1818), que Enrique visita asiduamente. Gil posee una prodigiosa memoria fotográfica: las citas de sus lecturas o de las obras de arte contempladas no proceden de una rápida consulta a Google, sino de un bien nutrido andamiaje.

Sin embargo, la salud nunca sonrío a Gil y se cruza en su camino en el mejor momento de su carrera como periodista. A finales de 1839 enferma y pasa el invierno y la primavera de 1840 en Ponferrada; viaja por El Bierzo y escribe *El Lago de Carucedo*, que es casi su única publicación en prensa ese año, ya sea que fuere abatido por la enfermedad o absorbido por la leyenda. Apenas sale del silencio para escribir desde Ponferrada y publicar en el *Semanario Pintoresco* su ensayo sobre la poesía de Espronceda, considerado por la crítica posterior como una pieza fundamental en la obra de Gil [“La aparición de este libro es harto notable, y hará época en la historia literaria de nuestro país”, dice en 1840].

La proximidad a Espronceda es total: cuando el poeta de Almendralejo, siempre maquinando, pone en marcha *El Pensamiento*, en 1841, Gil recibe el encargo de escribir el *Prospecto*, es decir, la

---

<sup>19</sup> Picoche, p. 43.



declaración de principios, definir la línea editorial, tarea de la máxima responsabilidad. Gil tendrá un papel destacado en *El Pensamiento*, que apenas dura nueve meses, pues Espronceda es nombrado Secretario de Legación en La Haya y el proyecto decae. Entonces Gil aparca el periodismo y se encierra en su gabinete de la Biblioteca Nacional: “Es un silencio fecundo, ya que está componiendo *El Señor de Bembibre*” (Picoche, pp. 46).

Tras la inesperada muerte de Espronceda en mayo de 1842, Gil se retira de nuevo al Bierzo muy afectado y busca la paz interior en sus excursiones por el Valle del Silencio<sup>20</sup> pero no encuentra sosiego; y en lo alto de la Aquiana, el techo del Bierzo, 1846 mts., exclama:

¡Dichoso aquel que lleva limpias y sin amargos borrones las páginas del libro de la memoria a semejantes sitios! ¡Venturoso mil veces porque la voz de las muertas alegrías no le murmurará al oído aquellos dolorosísimos versos de un amigo [Espronceda] cuya imagen querida jamás se apartará de nuestro corazón!

Picoche considera que este periplo por El Bierzo es un viaje iniciático, a la manera de Byron y Chateaubriand, cuyos pasos Gil nunca dejó de seguir:

Nunca quiso librarse de la influencia de Chateaubriand, a quien admira, y, a imitación suya, escribió el *Bosquejo* (...). En efecto, el autor francés, una vez ideado su *Les Martyrs*, emprendió un viaje a Oriente para recoger imágenes, publicando, a su vuelta, el *Itinéraire de Paris à Jerusalem*. Y el autor español, a su vez, escribió su *Bosquejo* para dar a conocer su patria chica a los madrileños. Redactada la conclusión de *El Señor de Bembibre* a principios de 1843, empieza a publicar en folletín la obra complementaria a partir de febrero. Lo hace en *El Sol*, diario político de Ríos Rosas, mal impreso y de mala apariencia. Los ocho artículos que constituyen [el *Bosquejo*] se publican de manera muy irregular, cuando quedaba espacio, entre el 3 de febrero y el 27 de abril; el último, dos días antes de cerrarse el periódico. (Picoche, pp. 46-47).

---

<sup>20</sup> La excursión a San Pedro de Montes y Peñalba, donde pernocta, y la ascensión a la Aquiana tienen lugar el 2 y 3 de agosto de 1842, según consigna el propio autor en el *Bosquejo*, cap. III.



El ocaso de *El Sol* coincide con el declive de Enrique Gil como periodista; en 1843 da a la imprenta los tres artículos de *Los españoles pintados por sí mismos*, que en argot periodístico pueden considerarse refritos de trabajos anteriores –*El maragato* reescribe en 1844 *Los maragatos* de 1839; *El pastor trashumante* (1843) vive de las rentas de *Los pasiegos* y *Las montañas de León* (1839)–, y enfila la recta final de su desempeño como periodista, retomando su primera y brillante labor de crítico teatral. Una docena de revistas quincenales en *El Laberinto* serán su canto del cisne, ya en 1844, antes de iniciar el último viaje.

## 5. Con la vanguardia europea

Volvamos a 1838–40, cuando Gil es “el mejor crítico de Madrid”. Enrique y sus amigos retornados del exilio se mueven en la vanguardia, son los artífices del periodismo y la cultura del momento, crean opinión, marcan tendencia: se pasan unos a otros las novedades recién llegadas de París o Berlín, traídas por compañeros en el exilio. En estos años, Enrique lee a Washington Irving, pero el dato no sorprende: su compañero de fatigas José García de Villalta –el Villalta preso con Espronceda en 1834, el exaltado masón y ateo que Picoche mencionaba como «mala compañía»–, acaba de hacer la traducción al castellano de *Historias de la vida y viajes de Cristóbal Colón* de Irving.

En 1838, Gil publica en *El Correo* una crítica de *Macbeth* de la que también Villalta era autor de la versión castellana en verso; y es Villalta, con ayuda de Gil, quien prepara con mimo la primera edición de las poesías de Espronceda en 1839 que Gil reseña, como se ha dicho, en el *Semanario Pintoresco*. Otro amigo es el traductor en 1839 de los *Cuentos fantásticos* de Hoffmann, que Gil comenta en *El Correo*: “El señor don Cayetano Cortés ha hecho un servicio eminente a las letras en dar a conocer en nuestro idioma unas obras, que con grave mengua de nuestra cultura todavía no han visto la luz en castellano. La traducción está hecha con un esmero y conciencia extremados...”.

Compartían, pues, amistad, trabajo, encargos editoriales y afanes políticos. El círculo esproncediano comparte también la admiración por Ossian, Byron o Hoffman. No son coincidencias, sino el fruto de un





quehacer periodístico y literario en común, de un selecto grupo de intelectuales que participan de la vanguardia europea del momento, una minoría exótica en medio de la sociedad madrileña y española casposa, absolutista, que desdeñaba la cultura y el progreso con el *vuelva usted mañana* que denuncia Larra.

Hagamos un paréntesis sobre esa minoría exótica y revolucionaria. Leyendo una y otra vez el inagotable caudal de datos de la tesis de Picoche, nos llamó la atención la lista de enseres que deja a su muerte el padre de Enrique: “El inventario de los bienes de Juan Gil muestra una extremada pobreza: una cama, varias sillas, un colchón, dos sábanas y dos almohadas, unas mesas, ni un solo libro”<sup>21</sup>. Y eso en un hogar “medianamente acomodado en bienes de fortuna”, en palabras de Eugenio Gil.

Que Enrique estudiara latines y teología en colegios y seminarios suponía un privilegio cuando el noventa por cien de la población era analfabeta<sup>22</sup> y los libros algo tan raro y poco apreciado que los soldados napoleónicos los quemaban a su paso por la biblioteca de Carracedo para calentarse, en el duro invierno de 1809. Gil, nacido en 1815, escuchó estas historias siendo niño.

Gil recorre a pulso, por mérito propio, el camino que conduce desde una casa familiar sin un solo libro a lector exigente de la vanguardia europea. No es un dato menor para valorar el carácter de nuestro autor y su entereza intelectual. Se ha descrito a Gil como un políglota que dominaba no solo el latín y el griego, sino el francés, el inglés y el alemán, algo inusual en la época, cuando en España no hablaba inglés ni el embajador británico:

Hasta bien entrado el siglo XVIII, el inglés era una lengua prácticamente desconocida en los países del continente europeo. (...) Luis Vives y Erasmo se entendían en latín. Felipe II hablaba francés con su esposa María Tudor. (...) En el siglo XVIII el inglés sigue siendo una lengua casi desconocida en España, y lo seguirá siendo, si bien en menor grado, durante otro siglo y pico”[es decir, en la época de Gil; conocen el inglés, por

---

<sup>21</sup> Picoche, p. 36.

<sup>22</sup> Véase “Alfabetización, semialfabetización y analfabetismo en España (1860-1991)” Narciso de Gabriel, en *Revista Complutense de Educación*, Madrid, 1997.



necesidad, algunos comerciantes, e ilustrados como Olavide, Cadalso y Jovellanos], pero durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el XX los españoles de cada generación que saben suficiente inglés para poder leer obras literarias casi se pueden contar con los dedos de la mano, y suelen ser los exiliados políticos que como Alcalá Galiano, Espronceda o el duque de Rivas, han tenido que vivir algún tiempo entre ingleses<sup>23</sup>.

No fue el caso de Gil, que nunca estuvo en el exilio ni conoció Inglaterra. Su biógrafo Samuels afirma que Gil leía el francés desde 1838 y el inglés a partir de 1841; y es lugar común que al aceptar el destino diplomático en Berlín aprende alemán “estudiando seis horas diarias en los pocos meses que su salud se lo permitió”, según cuenta su hermano Eugenio<sup>24</sup>. Picoche duda de la afirmación de Samuels, que considera “sin pruebas”, pero ambos omiten la confesión que hace el propio Gil en la crítica a la representación de *Macbeth*, en la mencionada versión de Villalta: “De intento nos hemos reservado el último lugar para hablar de la traducción. Ardua es la tarea para quien por desgracia suya conoce tan poco a fondo la lengua de Shakespeare que no puede en conciencia aventurar un juicio propio”<sup>25</sup>.

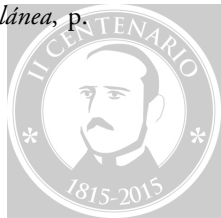
El rigor periodístico de Gil es modélico: no presume de saber inglés ni se aventura en el juicio, sino “consulta a personas de respeto que saben casi de memoria el original y a ingleses bastante conocedores de nuestro idioma”; pero no necesita esta precaución cuando se trata del francés, que lee con desenvoltura: “Réstanos hablar de la traducción – dice en la reseña de *El Paria*, del dramaturgo galo Casimir Delavigne, también traducido por Villalta– que, después de cotejada con el original, nos ha parecido excelente”. Repárese en que también aquí es riguroso y no opina sin antes haber cotejado la traducción de su muy

---

<sup>23</sup> Véase el espléndido ensayo de Alberich, *La difusión de la literatura inglesa en España*.

<sup>24</sup> Samuels, *A study in Spanish Romanticism*, p. 25, cit. por Picoche, p. 236. Sobre los idiomas de Gil véase también Gullón, p. 113, y Eugenio Gil, *Un ensueño*, en *Poéticas Líricas*, facsímil reproducido por BGC-I, p. XVI, 2014.

<sup>25</sup> Crítica de E. Gil a *Macbeth*, estrenada en el Teatro del Príncipe el 13 de diciembre de 1838, publicada en *El Correo Nacional*, 19 y 20 de diciembre de 1838 según nota de Campos en O. C., p. 419. Para el artículo de Gil, véase BGC-V, *Miscelánea*, p. 273.



cercano amigo Villalta con la versión francesa. Ese era el meticuloso periodista Enrique Gil y así lo acredita en cada una de sus críticas, revistas o artículos de viajes.

Picoche afirma que Gil “conoció la mayor parte de las obras de Byron por traducciones”, a través del francés, se entiende, y, en un país donde Shakespeare era desconocido y no fue representado hasta 1860, no pudo ser de otro modo:

Las traducciones al español de obras inglesas se hacían casi invariablemente a través del francés: esto ocurre con las tres grandes influencias inglesas que inciden en el romanticismo español: Ossian, la poesía de Lord Byron y la novela de Walter Scott. Las tres vienen atravesando Francia (...) la selección de los escritores ingleses y sus obras está hecha en Francia, no en España. Francia fue, no España, la que levantó a Ossian, a Byron y a Walter Scott sobre el pavés romántico. (...) Los románticos españoles ignoran a poetas ingleses como Blake, Coleridge y Shelley y se quedan únicamente con Byron, pero sería erróneo buscar en España las razones de esta discriminación, pues la selección viene ya hecha de Francia y es allí donde hay que explicársela. Era imposible que la mayoría de los españoles, sin saber inglés, tuviesen acceso a ellos<sup>26</sup>.

Como afirma Alberich y certifica el propio Gil, sus lecturas de la vanguardia europea en aquellos años fueron en lengua francesa; y en francés o traducidos al castellano desde el francés, leyó, asimiló, citó e hizo la crítica literaria de Chateaubriand, Dumas, Delavigne, Lamartine, Hoffman, Byron, Scott y todos los demás autores que le influyen decisivamente y con los que construye su imaginario romántico. Quizás con excepción del escocés Macpherson, el falsificador o inventor de Ossian, que Gil cita en dos poemas, cuya traducción en España fue muy temprana, en 1788, “cosa rara”, apostilla Alberich.

En el ensayo sobre *Bosquejos de España del capitán Cook*, Gil manifiesta haber leído *La Biblia en España* (1843) de G. Borrow, best

---

<sup>26</sup> Alberich, p. 60.



seller en toda Europa que no fue traducido al castellano hasta que lo hizo directamente del inglés Manuel Azaña en 1921, por lo que hemos de concluir que Gil leyó a Borrow en francés. Por cierto, don Jorgito el Inglés pasó por El Bierzo camino de Galicia entre mayo y noviembre de 1837, posiblemente en julio, pues a comienzos de agosto dice hallarse en Compostela, pero aquel verano Gil está dando sus primeros pasos por Madrid y ni siquiera regresa a casa al entierro de su padre, por lo que hemos de descartar lo que hubiera sido una feliz coincidencia histórica de Gil con Borrow. Lástima de una futura exclusiva periodística para el joven reportero.

## 6. Un poco de contabilidad

En el prólogo a las *Obras Completas*, Jorge Campos menciona diecinueve publicaciones que ha “repasado cuidadosamente” en busca de las huellas de Gil, y había manejado otras tantas al editar las obras de Espronceda en la misma colección<sup>27</sup>.

La relación incluye los veintiocho poemas que publicó en prensa, sobre todo en *El Correo Nacional* y en el *Semanario Pintoresco*, pero también en revistas efímeras como *No me olvides* y *El Iris*, donde apareció un solo poema. Aunque era una sección fija en los periódicos de la época, consideramos que la poesía no forma parte de los géneros periodísticos, y la obra de Gil lo corrobora, por lo que no se incluye en el presente trabajo.

---

<sup>27</sup> *El Castellano*, periódico de política, administración y comercio, 1836-43. *El Correo Nacional*, periódico político, 1838-42. *La Crónica*, semanario popular económico, 1844-45. *El Español*, diario político de las Cortes, 1835-48. *El Eco del Comercio*, 1832-49. *El Espectador*, 1841-48. *La Ilustración*, periódico universal, 1849-57. *El Iris*, semanario enciclopédico, 1841. *El Laberinto*, periódico universal, 1843-45. *La Legalidad*, periódico político, científico, literario y comercial, 1839-40. *El Liceo*, revista de literatura y artes, Coruña, 1846. *Liceo Artístico y Literario Español*, 1838. *No me olvides*, revista de literatura y bellas artes, 1838. *El Panorama*, periódico literario semanal, 1838-41. *El Pensamiento*, periódico de literatura y artes, 1841. *El Piloto*, periódico político, 1839-40. *Revista de teatros*, diario político de literatura, 1842-45. *Semanario Pintoresco Español*, 1836-57. *El Sol*, diario político, religioso, literario e industrial, 1842-43. *O. C.*, p. XXVIII.



Prescindiendo de los poemas, el periodista Enrique Gil colaboró en media docena de periódicos, entre ellos los más importantes de la capital, de 1838 a 1844, en los que publicó un centenar de artículos: hay noventa documentados, a lo que nos atenemos; pero así como redactó el *Prospecto* de *El Pensamiento* de forma anónima, tenemos la certeza de que escribió otros sin firmar, cosa habitual que hemos hecho todos los periodistas en cualquier redacción; y aunque Gil no era un mero redactor, sino una primerísima firma, es seguro que hacía otros trabajos, por lo que no es descartable que aparezcan más artículos suyos, con o sin firma. Es su actividad principal, a la que se dedica intensamente, dignamente remunerada: no sabemos lo que ganaba Gil, pero en aquella época Larra, que pudo haber sido de los mejor pagados, cobraba 20.000 reales al año por dos artículos semanales, según consta en su contrato con *El Español*<sup>28</sup>.

Consultando las ediciones anteriores, hemos recontado 90 artículos<sup>29</sup>: las *Obras en prosa* de 1883 “donde, sin duda, debió seguirse un criterio selectivo”, dice Campos<sup>30</sup>, recogen 42, casi todos los publicados en *Semanario Pintoresco* y *El Sol*, olvidándose de las críticas teatrales. En su edición de las *Obras Completas* (1954), Campos completa la bibliografía y añade 41 artículos nuevos, de los que afirma, “ninguno desmerece en el conjunto y se compenetran todos para formarnos la figura espiritual de Enrique Gil”. Finalmente, el profesor Picoche descubre seis artículos más que incluye en los apéndices de su tesis, inédita hasta que en 2015 hemos digitalizado la tesis íntegra (descargable en la web de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.com), e incluido los textos inéditos en el lugar correspondiente<sup>31</sup>.



---

<sup>28</sup> *El Español*, considerado entonces el mejor periódico de Europa, fue fundado por Andrés Borrego al volver del exilio en 1835. El contrato se menciona en una carta de Larra de 8 de enero de 1835, véase *Larra, Figaro de vuelta, 1809-2009*.

<sup>29</sup> En realidad se trata de 72 títulos o trabajos, pero algunos son de una extensión que rebasa los límites al uso y se publicaron en entregas sucesivas [*Lago de Carucedo*, Int., I, II y III; *Luis Vives*, I y II, etc.]. Para visualizar mejor el trabajo de Gil, su presencia a veces semanal, su continuidad y altibajos, contamos cada fecha de publicación como un artículo separado.

<sup>30</sup> *O. C.*, p. XXVII.

<sup>31</sup> Una vez más, dejamos constancia de nuestra gratitud al profesor Picoche.



En cuanto al género periodístico, de los noventa textos censados, veintinueve son de crítica teatral, completada con otros veinticinco de crítica literaria (incluyendo un prospecto, ensayos y once revistas de actualidad dramática y literaria). Otros veinticuatro artículos son de viajes, género en el que Gil acredita vocación y maestría, codeándose con los libros de viajes de Byron, Borrow, Chateaubriand o Lamartine, que confiesa haber leído y de quienes no desmerece: el viaje a Tierra Santa de Chateaubriand en 1806 y el de Alphonse de Lamartine desde Marsella a Jerusalén en 1832 eran lectura inexcusable en su círculo<sup>32</sup>. En cuanto a las Peregrinaciones de Childe Harold, puede considerarse el libro de cabecera que Gil lleva consigo en el viaje a Berlín y se despide del Rhin leyéndole una estrofa<sup>33</sup>.

Por último, seis artículos son otras tantas entregas de las narraciones *Anochecer en San Antonio de la Florida* y *El Lago de Carucedo*, que tuvieron su primer contacto con los suscriptores impresos entre gacetillas de sucesos y crónicas políticas<sup>34</sup>.

Cuando Jorge Campos edita las *Obras Completas* de Gil, acaba de preparar también las de Espronceda<sup>35</sup> y está muy familiarizado con la hemeroteca española del XIX y quizás por ello es el crítico que mejor valora la obra periodística de Gil a la que dedica observaciones atinadas: “Entregado a ella por ser tanto uno de los modos más eficaces de darse a conocer como de resolver su nada acomodada situación económica, Enrique Gil le prestó tanta atención que sus artículos merecer de Víctor Balaguer un altísimo juicio: «*El Señor de Bembibre* y *El Lago de Carucedo* son obras pasajeras y mortales al lado de los artículos...». Piñeyro creía que «se pueden leer todavía con placer y provecho» (...) y Alonso Cortés

---

<sup>32</sup> Gil pudo leer el *Itinéraire* en castellano, traducido por Olive en 1828; no así el *Voyage en Orient* de Lamartine, que no se vertió hasta 1875. Véanse ambas traducciones primorosamente editadas en la colección *viento simún* de Ediciones del Viento, A Coruña, 2005 y 2010.

<sup>33</sup> “[En Maguncia] me he despedido del Rhin, que ya no volveré a ver probablemente en bastante tiempo, pero que deja en mi imaginación recuerdos indelebles. Antes de despedirme de su orilla le leí la estrofa de despedida de Childe Harold”. *Diario de viaje*, jornada 16. BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. VIII, pp. 174-175.

<sup>34</sup> Véase la relación detallada de los 90 artículos clasificados por fechas, temas y publicación al final de este trabajo.

<sup>35</sup> Vol. LXXII de la BAE.



opina que «los artículos de Enrique Gil son de lo más sólido y consistente que se escribió en su época»<sup>36</sup>.

## 7. El periodismo en tiempos de Gil

¿Cómo era el periodismo cotidiano en tiempos de Gil? Aunque repetidamente nos venimos refiriendo a Gil como «periodista», esta denominación apenas se usaba en la época<sup>37</sup>, siendo más usual «escritor público» o «escritor periódico».

A la altura del medio siglo el periodismo literario se había convertido en una industria que exigía ingentes esfuerzos de trabajo y una producción torrencial, pero que ya empezaba a dar los frutos económicos necesarios para convertirlo en una actividad en la que participarían, de una manera u otra, todos los grandes nombres de la literatura de la segunda mitad del siglo XIX<sup>38</sup>.

Don Manuel Bretón de los Herreros escribió en 1836 la comedia en cinco actos y en verso *La redacción de un periódico*, en la que una inocente trama amorosa se desenvuelve sobre el paisaje de fondo del periodismo madrileño de entonces. Bretón de los Herreros, contertulio de Gil y Espronceda en *El Parnasillo*, fue un periodista prolífico, autor de centenares de artículos de costumbres y crítica teatral, repartidos en los principales periódicos de la época y buen conocedor del ambiente. Es seguro que, salvada la caricatura, el día a día del periodismo hacia 1836 se parecería bastante a la redacción del periódico retratada por Bretón.

Sin duda hay que acudir a Larra, “el primer periodista moderno de España”<sup>39</sup> para completar el retrato. Durante las Cortes de Cádiz se produce lo que algún historiador llamó “la diarrea de las imprentas”, cortada en seco por Fernando VII, quien prohíbe todos los periódicos por decreto de 4 de mayo de 1814. Luego, durante el Trienio Liberal, la prensa se dispara hasta más de 700 periódicos, pero en 1824, Fernando

---

<sup>36</sup> O. C., p. XXV-XXVII.

<sup>37</sup> La voz ‘periodista’ entró en el Diccionario de la RAE en 1822.

<sup>38</sup> Borja, *Anales*, 25, 2013, p. 302.

<sup>39</sup> L. Romero, en *Fíguro de vuelta*, p. 27.



VII elimina de nuevo la libertad de prensa y establece la censura previa, que se mantendrá –la Década Ominosa– hasta la regencia de María Cristina, en 1834. Entre otros muchos, Larra y Espronceda padecen estos desvaríos políticos y sus artículos son con frecuencia víctimas de la censura. Es conocida la portada de *El Siglo* que Espronceda publica en blanco el 7 de marzo de 1834, desafiando a los censores:

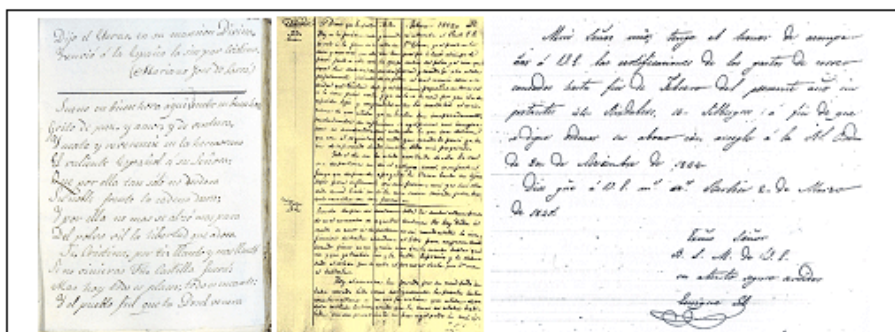


En el orden material, a la muerte de Fernando VII en 1833, con el regreso de los exiliados y la importación de maquinaria desde Londres, el periodismo se consolida como industria: es el momento en el que Andrés Borrego funda *El Español* (1835), donde debuta Gil en 1837 con *Una gota de rocío*, y surgen los primeros impresores modernos, como Francisco de Paula Mellado, otro asiduo del *Parnassillo*, que andando el tiempo será el primer editor de *El Señor de Bembibre*.





El oficio de periodista se asemejaba a la redacción descrita por Bretón de los Herreros en su comedia: los originales eran redactados a mano<sup>40</sup> por poetas, escritores, columnistas e incluso las cartas de lectores, y remitidos o entregados personalmente en la redacción, donde una legión de cajistas, correctores y regentes trasladaban el manuscrito a tipos de imprenta. Aunque no conocemos ningún manuscrito literario de Gil, no cabe duda de que redactaba sus originales a mano, como todos los demás, y eso explica también errores, erratas y criterios de puntuación anómalos. Se conservan manuscritos de Larra, Zorrilla, Bécquer y otros muchos que nos dan una idea aproximada de cómo llegaban los originales al taller y, gracias a la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, tenemos todas las cartas autógrafas de Gil, conservadas en el Archivo Histórico Nacional y reproducidas en facsímil en el volumen *Último Viaje: Diario Madrid-París-Berlín*, que nos muestran su muy personal caligrafía:



Manuscritos de Larra, Bécquer y Gil.

Este período intensamente literario del periodismo español ha sido estudiado por la profesora María del Pilar Palomo, quien analiza la rápida evolución del romanticismo español entre 1834 y 1837. En los años previos a la irrupción de Gil en el periodismo, en la escena cultural se cruzan debates entre clásicos-románticos, germánicos-afrancesados, o entre los distintos tipos de romanticismo (exaltado, costumbrista, etc.),

<sup>40</sup> Gil y sus contemporáneos no conocieron la máquina de escribir; las primeras *Rémington* son de 1873 y la primera *Olivetti* de 1911, de modo que hacia 1830 la tecnología de la tinta y el papel apenas había progresado desde el Siglo de Oro.



asumiendo distintas posiciones el “grupo de los mayores” (Mesonero, Larra, Espronceda) y los nacidos, como Gil, hacia 1815, “a quienes coge de lleno en sus primeros años, ya importantes, de actividad pública el conflictivo período de transición que siguió a la muerte del Rey [Fernando VII]. En el primero de los grupos, se da, claramente, una reafirmación de los principios del romanticismo schlegeliano<sup>41</sup>, bien como resistencia y ataque al nuevo romanticismo, bien con estudios que lo desarrollan, como ocurre con el grupo de la *Revista de Madrid*, (...) que consideraba que el romanticismo ya ha triunfado totalmente siendo el clasicismo cosa del pasado”<sup>42</sup>.

A juicio de Palomo, esta decantación a favor del romanticismo se da claramente en el grupo de los mayores, como Espronceda, pero también entre los jóvenes:

...en los autores más interesantes, como Enrique Gil y Nicomedes Pastor Díaz, escritores que no han sido ajenos a la angustia romántica; metidos de lleno en la situación contemporánea extremadamente difícil, especialmente por la guerra civil, manifiestan su interés por resolver las dudas que les afectan vitalmente, así como por la misión que es necesario que la literatura tenga en la sociedad presente. (Palomo, p. 90).

En sus acerados artículos de crítica literaria, Enrique Gil no rehúsa el debate: se sumerge en la controversia con opiniones brillantes que sientan cátedra y cuya vigencia perdura casi dos siglos después [quizás convenga recordar de vez en cuando que en 1838, por ejemplo, Gil apenas tiene 23 años...]:

---

<sup>41</sup> Friedrich von Schlegel [1772-1829], uno de los fundadores del Romanticismo, reflexiona acerca de las diferencias entre el espíritu clásico y el espíritu romántico: “El artista, y especialmente el poeta, no tienen que someterse a los principios que se supone rigen el mundo, porque pueden transformar el mundo. En rigor, el poeta crea mundos y con ello expresa la libertad máxima”. Schegel acuña el concepto de ironía: “La ironía romántica es un juego constante que mezcla la burla con la seriedad, que trata cada una desde el punto de vista de la otra. La ironía es un juego que no se entrega a nada; el poeta se coloca en aquel punto donde todas las formas se disuelven, no para desaparecer, sino para transformarse (...) y así al infinito. La ironía poética es, en realidad, una actitud divina” [en Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, IV, pp. 2954-2955].

<sup>42</sup> Palomo, p. 90 y ss.



Entre los autores que llamaron la atención sobre los aspectos más problemáticos de la literatura y el romanticismo en el final de los años treinta del siglo, destaca Enrique Gil. Plenamente romántico, de gran sensibilidad e inteligencia, y preocupado por la misión del escritor en época tan conflictiva, es uno de los autores más interesantes del romanticismo español. (...) Enrique Gil en varias ocasiones esboza la teoría de que la literatura que corresponde al estado actual de madurez de la edad moderna debe centrar su reflexión en el análisis del interior del hombre; principio evidentemente conectado con el romanticismo schlegeliano, pero que, más que en su relación con la historia, le interesa aquello que tiene especial carga de actualidad –sobre todo esto había hablado Donoso ya en 1828–. El sentimiento o las pasiones [según piensa Gil] son lo único común a todos los hombres y lo único capaz de «cambiar la dirección interesada y egoísta del siglo». (...) Resulta enormemente interesante que quien iba a escribir la mejor novela histórica del romanticismo español y una de las mejores del europeo, *El Señor de Bembibre*, demuestra gran empeño en que los escritores no se queden anclados en el pasado<sup>43</sup>.

La cita reproducida sitúa bien las coordenadas estéticas de Gil, su apuesta vehemente por el Romanticismo, ya sea de Hartzenbusch, de Espronceda, de Zorrilla, de Villalta, de Bretón o del Duque de Rivas; de todos ellos escribe piezas sólidas que perduran. En su propia obra incorpora los temas centrales de Schlegel: la religión, la Naturaleza, la libertad, la rebeldía, el amor y la muerte. Y cuando la profesora Palomo afirma el empeño de Gil en no quedarse anclado en el pasado, apunta en la misma dirección que hemos sugerido a propósito de *El Señor de Bembibre*: que bajo la apariencia de una trama histórica en el siglo XIV, Gil escribe un relato contemporáneo, “característica común a la novela romántica española en los años 30 a 45”, en opinión del especialista Borja Rodríguez. Una trama *templaria* tan actual en 1844 como diez años antes lo había sido *La conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa, drama que el amigo y correligionario de Gil sitúa en 1310, pero el público percibe de inmediato en el estreno que De la Rosa está

---

<sup>43</sup> Palomo, p. 92.



hablando de su propia experiencia política “y sus esfuerzos por liberar a España del pesado yugo del absolutismo de Fernando VII”<sup>44</sup>. Así, bajo el ropaje del Temple, *El Señor de Bembibre* básicamente no es una novela histórica: nunca hubo en Ponferrada un conde de Lemos enemistado con un inexistente don Álvaro [“los personajes históricos son pocos y quedan en segundo plano”, dice Picoche, p. 337]. Sobre este asunto remitimos al ensayo de Mestre y Muñoz en el vol. VII de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, pero es pertinente cincelar aquí cómo Gil es ante todo periodista y habla de la actualidad que le toca vivir cuando hace viajes pintorescos y crítica literaria, ¡y también cuando escribe novela!

Los románticos españoles deben ver la realidad –piensa Gil–, no inspirarse en libros que puedan presentar una imagen falsa de la vida; así lo afirma en la *Revista teatral*: «Estudiar en los libros no es estudiar en la naturaleza, y las inspiraciones que no se beban de este gran manantial corren inminente peligro de salir a luz enfermizas y defectuosas»<sup>45</sup>.

## 8. De Fernando VII a Isabel II

Recapitulemos: los años en que Gil ejerce el periodismo coinciden con una de las décadas más convulsas del siglo XIX, vale decir uno de los períodos más convulsos de la historia de España, la década 1833-1843. Cuando muere Fernando VII, Enrique tiene 18 años, el país sufre una epidemia de cólera, Larra se pelea con la censura, que le prohíbe el drama *Macías*; Espronceda anda envuelto o revuelto en la conjura de Riego y, en fin, regresan los liberales, masones y anticlericales exiliados en París y Londres, entre ellos, Andrés Borrego, el primer periodista parlamentario español, que en noviembre de 1835 crea *El Correo Nacional* “y en ese momento el periodismo español da un salto cualitativo de madurez que lo situará a nivel europeo”<sup>46</sup>.

Igual que en la España contemporánea no podemos tratar las relaciones entre prensa y poder sin analizar quién es el dueño o quién

---

<sup>44</sup> Cantero, p. 9.

<sup>45</sup> Palomo, p. 93. La cita de Gil es de *Semanario Pintoresco Español*, 27-10-1839.

<sup>46</sup> Biblioteca Nacional, Hemeroteca Digital, <http://bit.ly/1lnCmV1>



está detrás de *El País*, *La Vanguardia* o *ABC*, pues la propiedad y las familias financieras –los Polanco, Godó, Luca de Tena– determinan la línea editorial de cada medio de comunicación, a comienzos del siglo XIX la adscripción de cada periódico era aún más burda o transparente. Para saber en qué medios colaboraba Gil, dónde y por qué tenía su acomodo, conviene detenerse en la figura de Andrés Borrego.

ANDRÉS BORREGO (Málaga, 1802-1891) fue desde muy joven agitador de las ideas liberales contra el absolutismo de Fernando VII y colaborador en las intrigas revolucionarias del general Riego, “el hombre más popular de España en aquella época”<sup>47</sup>. Borrego apoyó a Riego y participó en el pronunciamiento militar de Cabezas de San Juan (1820) que dio origen al Trienio Liberal y forzó a Fernando VII a gobernar con la Constitución de Cádiz de 1812. Los tres años de paréntesis liberal acabaron con la intervención europea de la Santa Alianza, los Cien Mil Hijos de San Luis, que repuso el absolutismo desde 1823 hasta la muerte de Fernando VII en 1833.

Esta segunda restauración del absolutismo comenzó con el ahorcamiento de Riego en la plaza de la Cebada de Madrid, el 7 de noviembre de 1823 y desencadenó la persecución de los liberales: igual que Espronceda, Álvarez y otros muchos, Andrés Borrego marchó al exilio, ¡donde permaneció doce años!, primero en Londres y desde 1828 en París. En 1834, Andrés Borrego regresó a Madrid y en noviembre de 1835 fundó *El Español*, en el que escribe Larra y donde Enrique Gil publica sus primeras poesías. No era, pues, un periódico cualquiera ni el periodismo que se hacía entonces era políticamente inocuo. En 1838 dejó de publicarse *El Español* y Borrego lanzó *El Correo Nacional*, donde Gil comparte redacción con Alcalá Galiano, Campoamor, Donoso Cortés, Pacheco, Ríos Rosas, Segovia, Bravo Murillo, López Pelegrín y García Tassara, entre otros<sup>48</sup>.

En este punto conviene volver sobre la cuestión de Gil y la masonería que ya avanzamos. En su *Historia de España*, Marcelino Menéndez Pelayo desnuda a los principales masones de la época y les atribuye todos los males de la patria: “Todas las tentativas contra Fernando VII

---

<sup>47</sup> Andrés Oliva Marra-López, *Andrés Borrego, político malagueño del siglo XIX*, p. 115.

<sup>48</sup> Oliva, p. 122.



fueron dirigidas, promovidas o pagadas por las logias del rito escocés”<sup>49</sup>. Alcalá Galiano, al que acabamos de encontrar trabajando con Gil en la redacción de *El Correo Nacional*, era una de las cabezas de la masonería<sup>50</sup>; condenado a muerte en 1823, había compartido exilio en Londres y París con Borrego, Espronceda y otros importantes liberales, todos ellos vinculados a sociedades secretas, fueran o no del rito escocés, como dice Menéndez y Pelayo. Este era el caldo de cultivo del momento.

Las empresas periodísticas eran en esencia políticas, y las aventuras políticas alimentaban libelos, pasquines y publicaciones de todo tipo; las imprentas tuvieron entonces su cuerno de la abundancia.

Hete pues, en 1835, bajo el gobierno de Mendizábal, a los liberales vueltos del exilio constituyendo

La primera empresa editorial de la prensa española que, bajo la fórmula de Sociedad Anónima, se denominará Compañía Tipográfica, cuyo capital será aportado por nobles y terratenientes, con especial intervención de Gaspar Remisa, que dispondrá de talleres propios, a cargo de C. Wood, con la más moderna maquinaria procedente de Londres. Borrego, que como exiliado había trabajado en la prensa de París y Londres, incorporará un aire nuevo al periodismo español, por su innovación material, técnica e intelectual, con un periódico inspirado en el *Times* londinense, asimismo preocupado por las cuestiones sociales, pues no en vano *El Español* se titulará «diario de las doctrinas y de los intereses sociales», y adoptando un tono democrático”<sup>51</sup>.

---

<sup>49</sup> Menéndez Pelayo, M., *Historia de España*, Madrid, 1941, p. 161 [antología seleccionada en plena posguerra por Jorge Vigón, ministro de Franco, que resalta la masonería como lo peor de lo peor y, por desgracia, tras décadas de persecución, esta es la opinión generalizada, dogma de fe en la España franquista hasta 1975. El juicio de Menéndez Pelayo al respecto es más matizado, en opinión del especialista Borja Rodríguez, pero la cuestión excede a este ensayo].

<sup>50</sup> Fue *recibido* masón en Cádiz el 9 de octubre de 1813: “Di un paso de importancia para mi vida futura. Este fue el de iniciarme en cierta famosa y antigua sociedad secreta” [Antonio Alcalá Galiano, *Memorias I*, Capítulo XXXII].

<sup>51</sup> Biblioteca Nacional, Hemeroteca Digital, <http://bit.ly/1lnCmV1>.



En aquel contexto coexisten dos escuelas de periodismo contrapuestas: “La de *El Correo Nacional*, con su programa liberal–conservador –que había de inspirar años más tarde la doctrina sustentada por Cánovas del Castillo– y la mantenida por *La Discusión*, en 1851, con el programa de don Nicolás Rivero, fundador del primer periódico democrático que se publicó en España. *La Discusión* se orientó en la doctrina de *El Huracán* en que parece colaboró Espronceda”<sup>52</sup>. Siendo Enrique Gil a la vez moderado y progresista, tenía amistades en todo el espectro político liberal, desde Andrés Borrego al más radical Espronceda, pero todos ellos siempre en pie de guerra contra el clericalismo y el absolutismo.

Los bandos y rivalidades eran apasionados. Menudeaban los insultos y se desenvainaba con facilidad. El moderado Andrés Borrego escribió en 1837 un artículo que ofendió gravemente a Luis González Bravo (el mismo que nombró a Gil embajador en Berlín; en aquel momento era un progresista, amigo de Espronceda; luego acabaría siendo más que moderado). Bravo desafió a Borrego a duelo a pistola “hasta que uno de los dos quedara fuera de combate”. Andrés Borrego escogió como padrino al conde de Cheste y el ofendido Bravo eligió a Espronceda. Así se las gastaban los caballeros románticos en 1837, mientras nuestro poeta escribía en su gabinete, al brasero de una oscura fonda madrileña en la calle Segovia, *Una gota de rocío*.

El duelo se suspendió por renuncia de González Bravo, que Espronceda consideró vergonzosa, retando él mismo de inmediato al conde de Cheste, esta vez para batirse a espada, y allí hubo ruido de sables, y Espronceda acabó con el pulgar de la mano derecha herido y una clavícula rota. En fin, hechas las paces, su amistad «se consolidó tras el combate» y continuaron compartiendo la tertulia del café del Príncipe y asistiendo, como Larra, Zorrilla y el propio Gil, a las veladas del *Parnasillo*<sup>53</sup>. Pero las desavenencias políticas no tardaron en aflorar de nuevo. Desde *El Español*, Borrego apoyó a Mendizábal, pero acabó siendo contrario a su política y crítico con la desamortización. Tras un paréntesis como embajador en Londres, Borrego crea *El Correo Nacional*

---

<sup>52</sup> Oliva, p. 122.

<sup>53</sup> Jaime López-Chicheri, blog *Sentido común y música*, <http://bit.ly/TZ1axd>.



(1838-1841), defensor de la Constitución de 1837, a cuya redacción llegó con veintidós años Enrique Gil, en enero de 1838, en uno de los peores momentos de su vida, sumido en la depresión tras la muerte de su padre, de su amigo Guillermo y de Juana Baylina, y al borde del suicidio, como cuenta en el relato autobiográfico *Anochecer en San Antonio de la Florida*, una de las primeras piezas que publica precisamente en *El Correo Nacional*.

## 9. Las cabeceras:

Examinemos ahora los periódicos cada uno de los siete periódicos en los que aparecen los artículos de Gil: *El Correo Nacional*, 34; *Semanario Pintoresco Español*, 18; *El Laberinto*, 16; *El Pensamiento*, 8; *El Sol*, 8; *Los españoles pintados por sí mismos*, 3; y *El Corresponsal*, 1.

### 9.1. *El Correo Nacional*

*El Correo Nacional* (1838-1842) tiene gran importancia en la literatura, con colaboraciones de Alcalá Galiano, Campoamor, Lista, Enrique Gil y García Tassara; en él se publicaron en 1838 los artículos de Donoso sobre *El clasicismo y el romanticismo*<sup>54</sup>. La colaboración de Gil será larga y fecunda, la más extensa de su trayectoria periodística, con un total de 34 artículos entre 1838 y 1839<sup>55</sup>.

La labor de Gil se centra en la crítica teatral y literaria: *El Correo* es la cabecera que le convierte en el crítico más respetado de Madrid; asiste a los principales estrenos del momento, desde Espronceda, Zorrilla y Bretón de los Herreros a las versiones de *Macbeth* hechas por Villalta, igual nacionales que la última moda europea, Hoffman, Dumas Delavigne, o clásicos como Tirso de Molina.

---

<sup>54</sup> Palomo, p. 96.

<sup>55</sup> Véase vol. IV, *Crítica teatral*, de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.





## 9.2. *Semanario Pintoresco Español*

En el mismo período, Gil colabora simultáneamente en *El Correo* y en el *Semanario Pintoresco Español*, que no va a la zaga en importancia, impulsado por otro avanzado del periodismo, Ramón Mesonero Romanos. Para el estudio del *Semanario Pintoresco* hay que acudir al profesor Enrique Rubio Cremades, especialista en la época, y también estudioso de Gil y autor de una edición crítica de *El Señor de Bembibre*<sup>56</sup>: “El *Semanario Pintoresco Español* de Mesonero se publicó en Madrid entre 1836 y 1857, siendo la suscripción de tres reales. Contenía ocho páginas de 252 x 160 mm., dimensiones que disminuyeron y aumentaron ligeramente a lo largo de su existencia. Aparecía los domingos”<sup>57</sup>.

Este coleccionable, con grabados de gran calidad novedosos en aquel momento, llegó a ser la publicación de su género con mayor difusión en España. Dicho de otro modo, el joven periodista Enrique Gil escribía en *El País* de su tiempo. La colección completa se puede leer y descargar en la *Biblioteca digital de la Comunidad de Madrid* y los artículos de Gil en nuestra web.

Dos ejes vertebran el periodismo impulsado por Mesonero Romanos, a juicio de Rubio: el relato breve, “auténtico protagonista del *Semanario*”, y el artículo de costumbres. Gil participa de los dos y con su presencia en el *Semanario* contribuye a “la revitalización de los géneros narrativos gracias a la utilización del periódico como medio de difusión. Aquella prensa solía introducir en sus respectivos números una sección o apartado en el que tienen lugar los más diversos géneros, desde novelas o cuentos hasta leyendas y artículos de costumbres (...) que no siempre obedecen a un mismo criterio. Otro tanto ocurre con la leyenda, el poema en prosa [sería el caso de *Anochecer en San Antonio*] y la novela corta, géneros de difícil identificación hoy en día pero que en la primera mitad del siglo XIX eran considerados desde ópticas distintas”<sup>58</sup>.

En poco más de dos años, de febrero de 1839 a comienzos de 1841,

---

<sup>56</sup> Cátedra, 1986.

<sup>57</sup> Cremades, p. 253

<sup>58</sup> Cremades, p. 248-249.



Gil publica cuatro series de artículos ciertamente valiosos: la colección de viajes formada por *Los maragatos*, *Los montañeses de León*, *Los asturianos* y *Los pasiegos* y otros cinco artículos de viajes sobre monumentos leoneses<sup>59</sup>; tres artículos de crítica literaria, entre ellos, *Poesías de don José de Espronceda*; y los cuatro capítulos de *El Lago de Carucedo*, que el autor considera “tradicción popular” y bien podrían entrar en el género de las novelas en miniatura, que los lectores seguían en dos o tres entregas, y que “el *Semanario* incluye en la casi totalidad de sus números”.

### 9.3. *El Pensamiento de Espronceda*

Tras la convalecencia en Ponferrada –invierno 1839-verano 1840– “cuando vuelve a Madrid, Enrique Gil ya no forma parte de la redacción de *El Correo Nacional*, sin que se conozca el motivo”<sup>60</sup>, pero le aguarda una empresa periodística nueva, de cierta envergadura, *El Pensamiento*, y bien está que digamos *El Pensamiento de Espronceda*, porque así era.

Esta publicación, a la que Gil entrega a lo largo de 1841 ocho extensos ensayos sobre asuntos como Luis Vives, las comunidades de Castilla o El Escorial, fue “la revista más iconoclasta e irreverente del romanticismo literario español”, en palabras de Borja Rodríguez<sup>61</sup>. Para conocer mejor el significado de *El Pensamiento* en la vida y en la obra de Gil, es imprescindible acudir al profesor de la Universidad de Ohio, Salvador García Castañeda<sup>62</sup>.

La importancia de *El Pensamiento*, «periódico de literatura y artes», “radica en el cuadro de colaboradores, miembros todos del definido grupo de los amigos de Espronceda”, dice Castañeda, quien reseña la lista completa y selecta en la que están los íntimos de Gil (indicamos entre paréntesis el número de artículos de cada uno):

---

<sup>59</sup> Incluidos todos en *Viajes y costumbres*, BGC–VI.

<sup>60</sup> Picoche, p. 44.

<sup>61</sup> Rodríguez Gutiérrez, B., *La narrativa en La Ilustración (1840-1857)*, *Anales*, 25, 1013, pp. 283-303.

<sup>62</sup> García Castañeda, S., «*El Pensamiento de 1841, y los amigos de Espronceda*», 1968.



(13) Miguel de los Santos Álvarez, amigo desde Valladolid

(11) Antonio Ros de Olano

**(8) Enrique Gil**

(8) Gabriel García Tassara

(3) Ildefonso Ovejas

(2) Espronceda, naturalmente

(2) Luis González Bravo, pronto presidente de Gobierno

(2) Eugenio Moreno

(1) Cortés Cayetano

(1) Estébanez Calderón

(1) José García de Villalta

(1) Juan María Maury

(1) Juan Vila y Blanco

Más que un periódico, *El Pensamiento* era una revista “de unas veinte y cinco páginas de 202 x 135 m/m. de caja, sin ilustraciones, aunque se incluía una lámina cada mes. (...) En la decisión de lanzar *El Pensamiento* influyó, muy posiblemente, el deseo de dar a conocer mejor los nombres de un grupo de amigos, estrechamente unidos por la afición literaria y la admiración por Espronceda” (Castañeda, p. 330).

Situémonos ahora en 1840: la sublevación progresista, de la que formaban parte Espartero y Espronceda, pone a la Regente María Cristina de patitas en la calle. Más académicamente: el 12 de octubre de 1840, Espartero y la Regente se entrevistan en Valencia y ese mismo día María Cristina firma su renuncia a la regencia y embarca rumbo a Marsella. Comienza el periodo conocido como la regencia de Espartero, hasta julio de 1843. Días convulsos, claves en la vida del país y en la de nuestro autor, que vive al lado de Espronceda momentos singulares y goza de su confianza; al mes de entrar Espartero al gobierno, el 28 de noviembre de 1840, Gil [25 años] es nombrado funcionario de la Biblioteca Nacional. En ese contexto, el intrigante Espronceda tiene aún tiempo de impulsar una revista literaria de altos vuelos y encarga al berciano su carta programática o *Prospecto*, del que dice Gil: “Quería sacar a la luz el tesoro tan rico como poco estimado de nuestra literatura y poner sus riquezas al alcance de todo el mundo” (Castañeda, p. 348).

Espronceda da a la revista aliento y aporta algún poema y fragmentos de *El Diablo Mundo*, pero el día a día de la revista lo llevan Miguel de



los Santos Álvarez<sup>63</sup>, Enrique Gil y Antonio Ros de Olano, “cuyo nombre va íntimamente ligado al de la historia española del siglo XIX romántico: la partida del Trueno en el café del Parnasillo; el Liceo; las andanzas periodísticas; las guerras carlistas, donde se distinguió como ayudante del general Córdoba; los duelos; y las eternas conjuras revolucionarias y pronunciamientos” (Castañeda, p. 332). Aquella no era una redacción de prensa, sino un nido de conspiradores, «junta de adictos» [a Espronceda], llegó a llamarse.

La aportación de Enrique Gil a las páginas de *El Pensamiento* – dice Castañeda– es solamente crítica y está recogida en la edición que preparó Jorge Campos de sus *Obras Completas*. Si echamos aquí en falta al poeta, el crítico nos revela, sin embargo, una de las mentes más despiertas y sensibles de su generación. Una prueba de sus múltiples intereses es la índole de algunos de estos artículos, encaminados a difundir en su propio país las letras españolas y extranjeras. (...) En toda la obra crítica de Enrique Gil se advierte esta queja –tan frecuente entonces– contra la poca receptividad e interés de los españoles por las letras; acusando así el estado de la «desamparada y manca Biblioteca Nacional», desprovista de libros de referencia y actualidad.

Quien había sido en un plis-plas el mejor crítico de teatro de Madrid, regresa a la capital tras una convalecencia, se sumerge en la crítica literaria de los libros más difíciles o de vanguardia, y escribe seis ensayos compactos, clásicos. Gil no rehúye ningún tema, con igual solvencia disecciona la filosofía de Luis Vives que los romances históricos, o urge la creación de un patronato que salve a El Escorial de la ruina; seis artículos que el lector encontrará en esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO<sup>64</sup> y que cien años después se leen con igual gozo y provecho. En verdad, Gil era “una de las mentes más despiertas y sensibles de su generación”.

---

<sup>63</sup> Álvarez era el «editor responsable»; Castañeda le atribuye con dudas, “aventuro...”, la sección «Revista de la Quincena», “firmada la primera vez por Álvarez y, en lo sucesivo, anónima, marcada a veces con tres asteriscos a modo de firma”. Los tres asteriscos son familiares: Gil los utiliza varias veces en sus poemas y su último trabajo como periodista fue precisamente una «Revista de la Quincena» en *El Laberinto*. ¿Fue Gil el responsable de esta sección? No hemos podido confirmarlo.

<sup>64</sup> *Romances históricos del Duque de Rivas* en vol. IV. *Crítica teatral. Una visita al Escorial*, en vol. VI, *Viajes y costumbres*. Todos los demás en vol. V, *Miscelánea*.



#### 9.4. *El Sol*, de Ríos Rosas

Tras la breve aventura de *El Pensamiento*, los acontecimientos imprevistos se suceden con un guión vertiginoso. En mayo de 1842 muere Espronceda y Gil, desvalido, deja el periodismo y se centra en la redacción de *El Señor de Bembibre*, con la tranquilidad económica que le da su puesto de bibliotecario. En verano regresa al Bierzo y escribe los ocho artículos del *Bosquejo* que publicará a partir de febrero de 1843, “de manera irregular y cuando quedaba espacio” en *El Sol*, “diario mal impreso y de peor apariencia”, en opinión de Picoche que compartimos.

lo miraría como garantía cumplida de sus aianes. De ello avisamos aquí á sus individuos como en lugar mas oportuno daremos cuenta á los redactores y colaboradores de la *España monumental y artistica* de otras cosas que sin duda cumplen á su noble propósito.

En un próximo artículo hablaremos de otras antigüedades romanas enteramente distintas que contiene el Bierzo, en mas abundancia quizá que ningun otro distrito de España.

PONFERRADA y agosto de 1842.

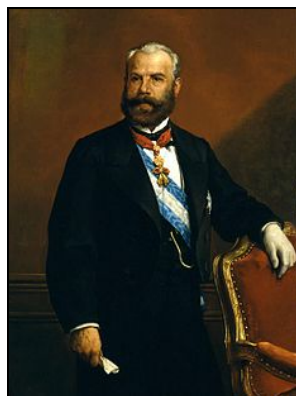
ENRIQUE GIL.

---

**GACETILLA DE PROVINCIAS.**

—Nos escriben de Granada :

«Los ladrones se aumentan, los robos se hacen con el mayor escándalo, en términos de no poderse salir á los caminos mas concurridos, y los castigos no los vemos. Sabemos de dos personas de esta ciudad á las que han escrito dos cartas para que, en los pun



Firma de E. Gil en *El Sol* y retrato de Ríos Rosas por Cabot

También en 1843 cambia el régimen: Espartero cae en desgracia, el 30 de julio parte hacia el exilio y en octubre sube al trono Isabel II al cumplir los trece años. Otro año convulso; de nuevo se cruza la política en el camino del periodismo. Al frente del diario *El Sol* está un político malagueño, Antonio de los Ríos Rosas, antiguo compañero de Gil en la redacción de *El Correo Nacional* y... ¿hace falta añadir lo de “ilustre masón”? Ambos coincidirán más tarde en la etapa final de Gil como periodista, en *El Laberinto*. Quiere decirse que había una gran endogamia en los periódicos de la época, pero el alineamiento político a veces es transversal. Si *El Pensamiento* había sido “la revista más iconoclasta e irreverente del romanticismo literario español”, *El Sol* se presenta como «diario político, religioso, literario é industrial». Ríos Rosas era un liberal conservador, muy crítico con el gobierno de Espartero, que entra pronto a formar parte del Consejo Real de Isabel II.



Entre febrero y abril, *El Sol* publica desordenadamente los ocho capítulos del *Bosquejo*: en efecto, era un diario ilegible y de pobre apariencia, tenía 52 cms. de alto, formato sábana a la manera de los periódicos ingleses, ninguna ilustración, ninguna gracia o asomo de diseño; los artículos de Gil salen en columnas verticales ocupando toda la caja de arriba a abajo, corridas, sin un ladrillo, sin un espacio en blanco. El folletín del *Bosquejo* concluye sin pena ni gloria el 27 de abril y dos días después, el 29 de abril de 1843, *El Sol* publica su último número, 139, y cierra. De nuevo a la intemperie.

### 9.5. *Los españoles pintados por sí mismos*

En el verano de 1843, Gil ha finalizado su novela histórica y se encomienda al mejor editor de Madrid, Francisco de Paula Mellado, que había sido el director de *El Iris* cuando Gil publicó el poema *La caída de las hojas*, en homenaje a Espronceda, y edita ahora la *Biblioteca Popular*.

Es una temporada de atonía en el periodismo de Gil: el vigor crítico de los primeros años y el éxito fulgurante palidecen, ya sea por la enfermedad que avanza o porque está centrado en la novela y en el *Bosquejo*.

Ese mismo año, uno de los primeros editores de la Villa, Ignacio Boix, empieza a publicar la serie *Los españoles pintados por sí mismos*, inspirada en el modelo francés *Les Français peints par eux mêmes*, cuyos grabados de excelente calidad tienen pronto gran reconocimiento entre los lectores. Boix cuenta con Gil, que entrega a *Los españoles* tres artículos de costumbres [*El pastor trashumante*, *El segador*, *El maragato*], sin duda por encargo. Será su última incursión en los temas costumbristas e incluso el tercero, como ya dijimos, es un forzado refrito de *Los maragatos* de 1839.

### 9.6. *El Laberinto*

Penúltima estación. En otoño de 1843, Gil regresa a los orígenes y retoma la crítica teatral, a la que había dado páginas gloriosas, en una publicación nueva, *El Laberinto* «periódico universal», editado por



Antonio Flores, discípulo de Mesonero Romanos, y A. Ferrer del Río (del 1 de noviembre de 1843 al 20 de mayo de 1845)<sup>65</sup>.

Los editores deciden dar más espacio al teatro que el *Semanario Pintoresco*, en proporción, y cuentan con Gil como crítico teatral desde el primer número. Nuestro autor obsequia a sus lectores con once *Revistas de la quincena* (“a sort of pot-pourri”, dice Logan), hasta abril de 1844: a los pocos días deja definitivamente Madrid y el 20 de mayo embarca rumbo a Marsella.

Pero *El Laberinto* no es una revista cualquiera, sino una publicación de referencia (con un formato bien distinto al descomunal de *El Sol*: 234 x 340 mm., a tres columnas<sup>66</sup>). Como antes en *El Pensamiento*, en esta última estación literaria, Gil comparte redacción con Alcalá Galiano, Bretón de los Herreros, Ramón de Campoamor, Carolina Coronado, García Tassara, Gómez de Avellaneda, Hartzenbusch, Madrazo, Mesonero Romanos, Duque de Rivas...

La postrera ocupación de Gil como periodista es quizá la más ligera; son reseñas breves, que le permiten seguir en el mundillo teatral, asistir en primera fila a los estrenos y participar de la vida social madrileña, pero su mente está ya en su misión diplomática, en las exposiciones universales que visitará en su periplo europeo, en París y en Berlín. Estudia alemán seis horas al día y prepara concienzudamente su viaje del que aún rinde a los lectores de *El Laberinto* sus dos últimos trabajos como periodista, camino de Berlín: *Viaje a Francia y Rouen* (agosto y septiembre de 1844).

Durante el resto de su viaje, anotará sus impresiones en un *Diario*, del que conocemos fragmentos: la salud iba minando su capacidad de trabajo, y en sus últimos meses de vida, el alma de periodista cedió la prioridad a las responsabilidades del diplomático, que se tomaba su misión muy en serio, aparcando ya para siempre su vocación temprana. El 22 de febrero de 1846 murieron en Berlín un poeta, un novelista, un viajero, un diplomático y un periodista. Un berciano universal, heterodoxo y visionario.

---

<sup>65</sup> Dawn Logan, *An index of El Laberinto*, 1934.

<sup>66</sup> No hemos visto físicamente la colección, que consta de dos volúmenes de 340 y 354 páginas. Tomamos los datos de Logan.



## Bibliografía

- ALBERICH SOTOMAYOR, JOSÉ M<sup>a</sup>., *La difusión de la literatura inglesa en España*, en Boletín de la Real Academia de Buenas Letras, 1994: 22, pp. 49-71.
- CANTERO GARCÍA, VÍCTOR, *Francisco Martínez de la Rosa y el romanticismo en el drama histórico: análisis, estudio y consideraciones sobre «La Conjuración de Venecia»*, en *Cuadernos de Filología Hispánica*, 2004, 22, pp. 5-26.
- FERRER BENIMELI, JOSÉ A., *La masonería en la historia de España. Consideraciones metodológicas*, en *Estudios sobre historia de España* [Homenaje a Manuel Tuñón de Lara], UIMP, 1981, pp. 473-485.
- GARCÍA CASTAÑEDA, SALVADOR, «*El Pensamiento*», de 1841, y los amigos de *Espronceda*, Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo, 1968, pp. 329-353.
- LOGAN, DAWN, *An index of El Laberinto, a Spanish literary periodical (1843-1845)*, Ohio State University, *Bulletin Hispanique*, tomo 36, núm. 2, 1934, pp. 159-179.
- PALOMO, M<sup>a</sup> DEL PILAR, *El debate sobre el romanticismo en prensa. Las revistas literarias*, en *Movimientos literarios y periodismo en España*, Ed. Síntesis, 1997.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, BORJA, *La narrativa en La Ilustración (1849-1857): la «serie B» del Semanario Pintoresco Español*, *Anales*, 25, 2013, pp. 283-303.
- RUBIO CREMADES, ENRIQUE, *El Semanario Pintoresco Español: el artículo de costumbres y géneros afines*, AIH, *Actas XII*, 1995, p. 248-253.





## Anexo. La obra periodística de Enrique Gil

Incluye seis textos desconocidos, casi inéditos, que no figuran en ninguna edición anterior, recogidos por Picoche en su tesis doctoral. Cinco corresponden a críticas de teatro publicadas cuatro en *El Correo* y una en *El Corresponsal*. El sexto es un fragmento reelaborado por César Morán a partir de notas manuscritas dejadas por Gil en Berlín, que Picoche atribuye a nuestro autor; hecha la advertencia, lo incluimos siguiendo el criterio del profesor francés. Finalmente, aunque Gil publicó sus poemas en prensa, no los consideramos obra periodística y no se incluyen en estas tablas.

### ÍNDICE CRONOLÓGICO

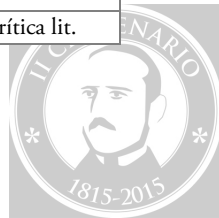
	Fecha	Publicación	Obra	genero
<b>1838</b>				
1	15-2	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 2	<i>Hija, esposa y madre</i> , NUEVO	c. teatral
2	19-2	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 4	<i>Ella es Él</i> , NUEVO	c. teatral
3	29-3	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 41	<i>Una y no más; Un artista;</i> <i>El pro y el contra</i> - NUEVO	c. teatral
4	4-10	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 237	<i>Amor venga sus agravios</i>	c. teatral
5	30-10	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 257	<i>Flaquezas ministeriales</i>	c. teatral
6	12-11	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 270	<i>Anochecer en San Antonio</i> (1)	narración
7	13-11	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 271	<i>Anochecer en San Antonio</i> (y 2)	narración
8	14-11	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 272	<i>Doña Mencía</i> (1)	c. teatral
9	16-11	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 274	<i>Doña Mencía</i> (y 2)	c. teatral
10	23-11	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 281	<i>Amor y deber</i>	c. teatral
11	9-12	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 287	<i>¿Qué dirán? y ¿Qué se me da a mí?</i>	c. teatral
12	19-12	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 307	<i>Macbeth</i> (1)	c. teatral
13	20-12	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 308	<i>Macbeth</i> (y 2)	c. teatral
14	30-12	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 318	<i>La segunda dama duende</i>	c. teatral
<b>1839</b>				
15	11-1	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 330	<i>La estrella de oro</i>	c. teatral
16	7-2	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 357	<i>El astrólogo de Valladolid</i>	c. teatral
17	10-2	<i>Semanario Pintoresco</i> , serie 2, núm. 6	<i>La Catedral de León</i>	viajes
18	20-2	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 370 - NUEVO	<i>Homenaje a los hermanos</i> <i>Romea y a Matilde Díez</i>	c. teatral



19	24-2	<i>Semanario Pintoresco</i> , 2ª serie, núm 8	<i>Los maragatos</i>	viajes
20	c. 1939	(recopilado por César Morán)	<i>Hacia las montañas (INÉDITO)</i>	viajes
21	2-3	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 380	<i>El paria</i>	c. teatral
22	3-3	<i>Semanario Pintoresco</i> , 2ª-tomo I, n. 9	<i>Poesías de don José Zorrilla</i>	crítica lit.
23	12-3	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 390	<i>Un día de campo o El tutor y el amante</i>	c. teatral
24	17-3	<i>Semanario Pintoresco</i> , serie 2, núm. 11	<i>La Iglesia de San Isidoro</i>	viajes
25	20-3	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 398	<i>Un alma de artista y ...</i>	c. teatral
26	12-4	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 420	<i>Revista de cursos literarios y científicos</i>	c. teatral
27	14-4	<i>Semanario Pintoresco</i> , 2ª serie, núm. 15	<i>Los montañeses de León)</i>	viajes
28	16-4	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 424	<i>Cuentos de E. T. A. Hoffman</i>	crítica literaria
29	28-4	<i>Semanario Pintoresco</i> , serie 2, núm. 17	<i>El Palacio de los Guzmanes de León</i>	viajes
30	12-5	<i>Semanario Pintoresco</i> , 2ª serie, núm. 19	<i>Los asturianos</i>	viajes
31	23-5	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 461	<i>No ganamos para sustos</i>	c. teatral
32	31-5	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 469	<i>El conde don Julián</i>	c. teatral
33	9-6	<i>Semanario Pintoresco</i> , serie 2, núm. 23	<i>San Marcos de León</i>	viajes
34	14-6	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 483	<i>Pablo el Marin</i>	c. teatral
35	26-6	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 495	<i>Diana de Chivri</i>	c. teatral
36	30-6	<i>Semanario Pintoresco</i> , 2ª serie, núm. 26	<i>Los pasiegos</i>	viajes
37	15-7	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 514	<i>Dos padres para una hija</i>	c. teatral
38	19-7	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 518	<i>Teatro escogido de Tirso de Molina,</i>	c. teatral
39	23-7	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 523	<i>Indulgencia para todos</i>	c. teatral
40	29-7	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 529	<i>Juan Dandolo</i>	c. teatral
41	7-8	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 536	<i>García del Castañar</i>	c. teatral
42	8-8	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 537	<i>El abuelo</i>	c. teatral
43	12-8	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 541	<i>Monumento en Granada</i>	viajes
44	23-8	<i>El Correo Nacional</i> , núm. 552	<i>El castillo de San Alberto</i>	c. teatral
45	22-9	<i>Semanario Pintoresco</i> , serie 2, núm. 38	<i>El castillo de Simancas</i>	viajes
46	27-10	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 43	<i>Revista teatral I</i>	c. teatral
47	5-11	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 44	<i>Revista teatral II</i>	c. teatral



1840				
48	12-7	<i>Semanario Pintoresco</i> 2ª serie, t. II, núm. 28	<i>Poesías de don José de Espronceda</i>	crítica lit.
49	19-7	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 29	<i>El Lago de Carucedo</i> (Introducción)	narración
50	26-7	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 30	<i>El Lago de Carucedo</i> (I)	narración
51	2-8	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 31	<i>El Lago de Carucedo</i> (II)	narración
52	9-8	<i>Semanario Pintoresco</i> , núm. 32	<i>El Lago de Carucedo</i> (y III)	narración
53	4-10	<i>El Corresponsal</i> , núm. 300 (NUEVO)	<i>Lucía de Lammermoor</i>	c. teatral
1841				
54	15-05	<i>El Pensamiento</i> , núm. 1 [19-5, según Hemeroteca nacional]	<i>Prospecto</i> (editorial o declaración programática, redactada por E. G.)	crítica lit.
55	1841	<i>Semanario Pintoresco</i> , tomo I, entrega 12ª	<i>De la literatura (...) en EE UU</i>	crítica lit.
56	15-05	<i>El Pensamiento</i> , núm. 1, pp. 5-11	<i>Luis Vives</i> (1)	crítica lit.
57	¿1-06?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 2, pp. 25-29	<i>Luis Vives</i> (y 2)	crítica lit.
58	¿15-06?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 3, pp. 49-57	<i>Romances históricos del Duque de Rivas</i>	crítica lit.
59	¿1-07?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 4, pp. 76-83	<i>Colección de los viajes y descubrimientos</i> (1)	crítica lit.
60	¿1-8?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 6, pp. 121-126	<i>Colección de los viajes y descubrimientos</i> (y 2)	crítica lit.
61	¿1-9?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 8, pp. 169-173ª	<i>Las comunidades de Castilla</i>	crítica lit.
62	23-9	<i>El Pensamiento</i> , núm. 10, pp. 217-223	<i>Una visita a El Escorial</i>	viajes
63	¿1-10?	<i>El Pensamiento</i> , núm. 11, pp. 251-255	<i>Trabajos históricos de la Sociedad de anticuarios del Norte</i>	crítica lit.
1843				
64	3-2	<i>El Sol</i> , núm. 65	<i>Bosquejo</i> (I)	viajes
65	13-2	<i>El Sol</i> , núm. 75	<i>Bosquejo</i> (II)	viajes
66	21-2	<i>El Sol</i> , núm. 82	<i>Bosquejo</i> (III)	viajes
67	1-3	<i>El Sol</i> , núm. 89	<i>Bosquejo</i> (IV)	viajes
68	11-3	<i>El Sol</i> , núm. 97	<i>Bosquejo</i> (V)	viajes
69	13-3	<i>El Sol</i> , núm. 99	<i>Bosquejo</i> (VI)	viajes
70	21-4	<i>El Sol</i> , núm. 132	<i>Bosquejo</i> (VII)	viajes
71	27-4	<i>El Sol</i> , núm. 137	<i>Bosquejo</i> (VIII)	viajes
72	¿12?	<i>Los españoles pintados por sí...</i> , tomo I	<i>El pastor trashumante</i>	viajes
73	1-11	<i>El Laberinto</i> , núm. 1	<i>Revista de la quincena I</i>	crítica lit.



74	16-11	<i>El Laberinto</i> , núm. 2	<i>Revista de la quincena II</i>	crítica lit.
75	1-12	<i>El Laberinto</i> , núm. 3	<i>Revista de la quincena III</i>	crítica lit.
76	16-12	<i>El Laberinto</i> , núm. 4	<i>Revista de la quincena IV</i>	crítica lit.
<b>1844</b>				
77	1-1	<i>El Laberinto</i> , núm. 5	<i>Revista de la quincena V</i>	crítica lit.
78	16-1	<i>El Laberinto</i> , núm. 6	<i>Revista de la quincena VI</i>	crítica lit.
79	Feb.	<i>Los españoles pintados por sí...</i> , tomo II	<i>El segador</i>	viajes
80	Feb	<i>Los españoles pintados por sí...</i> , tomo II	<i>El maragato</i>	viajes
81	1-2	<i>El Laberinto</i> , núm. 7	<i>Revista de la quincena VII</i>	crítica lit.
82	16-2	<i>El Laberinto</i> , núm. 8	<i>Revista de la quincena VIII</i>	crítica lit.
83	1-3	<i>El Laberinto</i> , núm. 9	<i>Revista de la quincena IX</i>	crítica lit.
84	16-3	<i>El Laberinto</i> , núm. 10	<i>Revista de la quincena X</i>	crítica lit.
85	1-4	<i>El Laberinto</i> , núm. 11	<i>Revista de la quincena XI</i>	crítica lit.
86	16-3	<i>El Laberinto</i> , tomo I, núm. 10	<i>Bosquejos de España (1)</i>	crítica lit.
87	1-4	<i>El Laberinto</i> , tomo I, núm. 11	<i>Bosquejos de España (2)</i>	crítica lit.
88	16-4	<i>El Laberinto</i> , tomo I, núm. 12	<i>Bosquejos de España (y 3)</i>	crítica lit.
89	16-8	<i>El Laberinto</i> , núm. 20	<i>Viaje a Francia</i>	viajes
90	16-9	<i>El Laberinto</i> , núm. 22	<i>Rouen</i>	viajes

DISTRIBUCIÓN POR CABECERAS:

Título	Total
<i>El Correo Nacional</i>	34
<i>Semanario Pintoresco Español</i>	18
<i>El Laberinto</i>	16
<i>El Pensamiento</i>	9
<i>El Sol</i>	8
<i>Los españoles pintados por sí mismos</i>	3
<i>El Corresponsal</i>	1
<i>Inédito extraviado (reproducido por C. Morán)</i>	1
	<b>90</b>

DISTRIBUCIÓN POR GÉNEROS:

Título	Total
Crítica teatral	34
Crítica literaria. Y ensayos	25
Viajes	25
Narración	6
	<b>90</b>



DESGLOSE POR PERIÓDICOS

*El Correo Nacional* (34)

núm. 2	15-2	<i>Hija, esposa y madre</i> , de Matilde Díez – NUEVO
núm. 4	19-2	<i>Ella es Él</i> , de Bretón de los Herreros NUEVO
núm. 41	29-3	<i>Una y no más; Un artista; El pro y el contra</i> – NUEVO
núm. 237	4-10	<i>Amor venga sus agravios</i>
núm. 257	30-10-1838	<i>Flaquezas ministeriales</i>
núm. 270	12-11-1838	<i>Anochecer en San Antonio de la Florida</i> (1)
núm. 271	13-11-1838	<i>Anochecer en San Antonio de la Florida</i> (y 2)
núm. 272	14-11-1838	<i>Doña Mencía</i> (1)
núm. 274	16-11-1838	<i>Doña Mencía</i> (y 2)
núm. 281	23-11-1838	<i>Amor y deber</i>
núm. 287	9-12-1838	<i>¿Qué dirán? y ¿Qué se me da a mí?</i>
núm. 307	19-12-1838	<i>Macbeth</i> (1)
núm. 308	20-12-1838	<i>Macbeth</i> (y 2)
núm. 318	30-12-1838	<i>La segunda dama duende</i>
núm. 330	11-1-1839	<i>La estrella de oro</i>
núm. 357	7-2-1839	<i>El astrólogo de Valladolid</i>
núm. 370	20-2	<i>Homenaje a los hmos. Romea y Matilde Díez</i> – NUEVO
núm. 380	2-3-1839	<i>El paria</i>
núm. 390	12-3-1839	<i>Un día de campo o El tutor y el amante</i>
núm. 398	20-3-1839	<i>Un alma de artista y El novio y el concierto</i>
núm. 420	12-4-1839	<i>Revista de cursos literarios y científicos</i>
núm. 424	16-4-1839	<i>Cuentos de E. T. A. Hoffman</i>
núm. 461	23-5-1839	<i>No ganamos para sustos</i>
núm. 469	31-5-1839	<i>El conde don Julián</i>
núm. 483	14-6-1839	<i>Pablo el Marin</i>
núm. 495	26-6-1839	<i>Diana de Chivri</i>
núm. 514	15-7-1839	<i>Dos padres para una hija</i>
núm. 518	19-7-1839	<i>Teatro escogido de Tirso de Molina,</i>
núm. 523	23-7-1839	<i>Indulgencia para todos</i>
núm. 529	29-7-1839	<i>Juan Dandolo</i>
núm. 536	7-8-1839	<i>García del Castañar</i>
núm. 537	8-8-1839	<i>El abuelo</i>
núm. 541	12-8-1839	<i>Monumento en Granada</i>
núm. 552	23-8-1839	<i>El castillo de San Alberto</i>



*Semanario Pintoresco Español (17)*

serie 2, núm. 6	10 2-1839	<i>La Catedral de León</i>
2ª serie, núm. 8	24-2-1839	<i>Los maragatos</i>
2ª-tomo I, n. 9	3-3-1839	<i>Poesías de don José Zorrilla</i>
serie 2, núm. 11	17-3-1839	<i>La Iglesia de San Isidoro</i>
2ª serie, núm. 15	14-4-1839	<i>Los montañeses de León)</i>
serie 2, núm. 17	28-4-1839	<i>El Palacio de los Guzmanes de León</i>
2ª serie, núm. 19	12-5-1839	<i>Los asturianos</i>
serie 2, nº 23	9-6-1839	<i>San Marcos de León</i>
2ª serie, núm 26	30-6-1839	<i>Los pasiegos</i>
2ª serie, tomo II, núm. 28	12-7-1840	<i>Poesías de don José de Espronceda</i>
núm. 29	19-7-1840	<i>El Lago de Carucedo (Introducción)</i>
núm. 30	26-7-1840	<i>El Lago de Carucedo (I)</i>
núm. 31	2-8-1840	<i>El Lago de Carucedo (II)</i>
núm. 32	9-8-1840	<i>El Lago de Carucedo (y III)</i>
serie 2, núm. 38	22-9-1839	<i>El castillo de Simancas</i>
núm. 43	27-10-1839	<i>Revista teatral I</i>
núm. 44	5-11-1839	<i>Revista teatral II</i>

*El Corresponsal (1)*

núm. 300	4 10-1840	<i>Lucía de Lammermoor - NUEVO</i>
----------	-----------	------------------------------------

*El Pensamiento (10)*

Nota: Constan las fechas de inicio y fin de la publicación [15-mayo-15 de octubre] y sabemos que era quincenal, por lo que hemos reconstruido la cronología, que encaja. García Castañeda da los núms. de página, pero no la fecha de cada entrega, doce en total, de las que Gil tiene presencia en ocho.

núm. 1, p. 1	15-05-1841	<i>Prospecto (declaración programática, redactada por E. G.)</i>
núm. 1, pp. 5-11	15-05-1841	<i>Luis Vives (1)</i>
tomo I, entrega 12ª	1841	<i>De la literatura y de los literatos en EE UU</i>
núm. 2, pp. 25-29	¿1-06?	<i>Luis Vives (y 2)</i>
núm. 3, pp. 49-57	¿15-06?	<i>Romances históricos del Duque de Rivas</i>
núm. 4, pp. 76-83	¿1-07?	<i>Colección de los viajes y descubrimientos (1)</i>
núm. 6, pp. 121-126	¿1-8?	<i>Colección de los viajes y descubrimientos (y 2)</i>
núm. 8, pp. 169-173ª	¿1-9?	<i>Las comunidades de Castilla</i>
núm. 10, pp. 217-223	23-9	<i>Una visita a El Escorial</i>
núm. 11, pp. 251-255	¿1-10?	<i>Trabajos históricos de la Sociedad de anticuarios del Norte</i>



*El Sol (8)*

núm. 65	3-2-1843	<i>Bosquejo (I)</i>
núm. 75	13-2-1843	<i>Bosquejo (II)</i>
núm. 82	21-2-1843	<i>Bosquejo (III)</i>
núm. 89	1-3-1843	<i>Bosquejo (IV)</i>
núm. 97	11-3-1843	<i>Bosquejo (V)</i>
núm. 99	13-3-1843	<i>Bosquejo (VI)</i>
núm. 132	21-4-1843	<i>Bosquejo (VII)</i>
núm. 137	27-4-1843	<i>Bosquejo (VIII)</i>

*Los españoles pintados por sí mismos (3)*

tomo I	¿12? -1843	<i>El pastor trashumante</i>
tomo II	Feb. -1844	<i>El segador</i>
tomo II	Feb-1844	<i>El maragato</i>

*El Laberinto (16)*

núm. 1	1-11-1843	<i>Revista de la quincena I</i>
núm. 2	16-11-1843	<i>Revista de la quincena II</i>
núm. 3	1-12-1843	<i>Revista de la quincena III</i>
núm. 4	16-12-1843	<i>Revista de la quincena IV</i>
núm. 5	1-1-1844	<i>Revista de la quincena V</i>
núm. 6	16-1-1844	<i>Revista de la quincena VI</i>
núm. 7	1-2-1844	<i>Revista de la quincena VII</i>
núm. 8	16-2-1844	<i>Revista de la quincena VIII</i>
núm. 9	1-3-1844	<i>Revista de la quincena IX</i>
núm. 10	16-3-1844	<i>Revista de la quincena X</i>
tomo I, núm. 10	16-3-1844	<i>Bosquejos de España (1)</i>
núm. 11	1-4-1844	<i>Revista de la quincena XI</i>
tomo I, núm. 11	1-4-1844	<i>Bosquejos de España (2)</i>
tomo I, núm. 12	16-4-1844	<i>Bosquejos de España (y 3)</i>
núm. 20	16-8-1844	<i>Viaje a Francia</i>
núm. 22	16-9-1844	<i>Rouen</i>



DISPOSICIÓN EN LA BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO

Volumen	Título	Desglose artículos	Total
II	<i>El Lago de Carucedo</i>	4 (Intr., I, II y III)	4
III	<i>Bosquejo</i>	8 (I-VIII)	8
IV	<i>Crítica teatral</i>	Críticas + <i>Revista teatral</i> + Castañeda, p. 348	46
V	<i>Miscelánea</i>	11 ensayos literarios (3 publicados en dos partes)	14
VI	<i>Viajes y costumbres</i>	Artículos de costumbres: 4 Españoles pintados por sí mimos: 3 España pintoresca: 6 + 1 INÉDITO	14
VIII	<i>Último viaje: Diario Madrid-París-Berlín</i>	<i>Anochecer (I y II)</i> Viaje a Francia y Rouen	4
			<b>90</b>

